SAN AMBROSIO

TRATADO DE LA VIRGINIDAD

Traducción, Prólogo y Notas del

P. SIMÓN ANDRÉS

BENEDICTINO DE SILOS

Serie

Los Santos Padres

Nº 16

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44

41003 - Sevilla

PRÓLOGO

I. EL AUTOR DE ESTE TRATADO.- Es desconocida la fecha exacta del nacimiento de San Ambrosio, autor de este tratado. Dos se dan como probables: el año 333 y 340; este último se tiene como el más seguro. Nació en Tréveris, donde su padre ejercía el cargo de prefecto de las Galias. Al morir éste, se trasladó la familia a Roma y Ambrosio se puso al servicio de Sexto Petronio Probo (368-374). Pasados unos años en el Consejo de Petronio, prefecto de Italia, éste le nombró cónsul de Liguria y Enulia, de las que era metrópoli Milán. Por la muerte de Ausencio, obispo arriano, católicos y herejes se disputaron el nombramiento del nuevo obispo. Ambrosio asistió a la elección como gobernador para garantizar el orden, bien ajeno ciertamente de lo que allí le esperaba, pues, mientras exhortaba al pueblo a la concordia, un niño gritó: "Ambrosio, obispo." Los dos bandos corearon estas palabras, viéndose obligado a aceptar, si bien ensayó varios medios para impedirlo. El 30 de noviembre recibió el Bautismo -no era más que catecúmeno al ser proclamado- , y ocho días más tarde, el 7 de diciembre del 374, recibió la consagración episcopal. Lleno de méritos, murió el año 397.

Sus escritos, numerosísimos, tratan de los temas más variados; sobresalen los que se refieren a teología, moral y ascética, y son notabilísimos sus sermones y discursos como piezas oratorias. Por su ortodoxia y doctrina cuenta entre los grandes Doctores de la Iglesia.

II FORMACION INTELECTUAL DEL SANTO.- Su inesperada y rápida elevación al Episcopado le halló sin formación teológica, sin ciencia propiamente eclesiástica. Con humildad dice: "Empecé a enseñar antes de haber aprendido." Su formación juvenil fué la de los patricios de su edad: lectura de clásicos, ejercicios de retórica -en esa época, algo amanerada y pueril-, imitación, a veces servil, de los buenos autores. Así salió bien amaestrado en los secretos del arte literario. Fué un gran orador, perfecto conocedor de los últimos recursos para mover a las masas; de este arte se sirvió toda su vida. Abundan en sus escritos las reminiscencias de Virgilio y Cicerón; sobre todo, les imita en las magníficas descripciones del mar y del campo y toma con frecuencia anécdotas, costumbres de los animales, hechos fabulosos e historias románticas.

Ese bagaje literario y su oratoria le servían para cautivar al auditorio; pero se dió cuenta de que le faltaba el fondo y, para conseguirlo, trabajó incansable día y noche. Las Escrituras y los autores cristianos fueron sus compañeros inseparables; tal influjo produjeron en él, que sus escritos son un tejido de textos bíblicos y algunos de sus tratados como copia, en cuanto al fondo y la forma, de un autor eclesiástico, de suerte que San Jerónimo, sin nombrarle le llamó plagiario. Era San Ambrosio un enamorado de la Biblia; decía: "Para mí la Sagrada Escritura es la fuente de toda verdad, de toda belleza y la madre de la verdadera ciencia; si alguna se halla en los filósofos paganos es porque la copiaron de los libros santos." A ella recurría en sus dudas cotidianas, como a suprema ley que dirime todas las contiendas. Principalmente el Antiguo Testamento ejerció un influjo decisivo en su espíritu.

Mas, para no errar en materia tan delicada, quiso ponerse al corriente de la interpretación tradicional bíblica. Dos escuelas estaban entonces en boga: la oriental, que con preferencia buscaba en la Biblia el sentido espiritual, y la occidental, que se atenía al sentido literal.

Con ser San Ambrosio occidental y dotado del sentido práctico de los romanos, se inclinó, no obstante, por los maestros orientales, convencido de su superioridad desde el punto de vista especulativo, encontrando en ese espíritu sutil las armas preparadas para combatir a los herejes de su tiempo. Filón y Orígenes fueron sus maestros en la exégenesis bíblica, y San Atanasio, San Basilio, San Cirilo de Jerusalén, Dídimo, San Epifanio y San Gregorio Nacianceno, en el dogma.

III. DIVERSOS TRATADOS SOBRE LA VIRGINIDAD. -En sus tratados morales, recopilación de las materias predicadas al pueblo, que tomó de notas, reminiscencias y copias taquigráficas, y por haberlas escrito de prisa a ruegos constantes de su hermana Marcelina, virgen consagrada a Dios y maestra espiritual de otras muchas vírgenes, se nota falta de unidad, repeticiones, a veces frases que le salían en la improvisación de los sermones, explicables en aquellas circunstancias para mantener la atención del público o que hacían alusión a la festividad de día o a las lecturas que se hacían en los oficios litúrgicos, y que no se explican en los tratados. Ese descuido obedece a sus múltiples ocupaciones; además, como iban a manos de su hermana para su edificación, no se cuidó de limar algunas de esas deficiencias ni trabar entre sí los diversos discursos, pues aun sin esa perfecta sutura llenaban el fin que se proponía. Su

sistema hermenéutico, todo alegórico, hace muy difícil a veces sacar el verdadero sentido, que difiere mucho del literal; con todo, son tratados muy útiles para las almas. Estos escritos, lo mismo que sus discursos, están escritos con miras a levantar la moral de la sociedad de su tiempo y crear en Occidente la ascesis tan extendida en el Oriente. Obtuvieron éxitos resonantes y fué muy grande el número de jóvenes que, desde el Africa y otras remotas regiones, acudieron a oir al orador y muchas las que pidieron la imposición del velo virginal. Era tal el entusiasmo que despertaba en las muchedumbres, que las madres llegaron a prohibir a sus hijas acudir a los sermones del santo obispo. Su celo y su oratoria le atrajeron las iras y críticas de muchos de sus detractores.

El santo no era, con todo, un fanático, ni un moralista intransigente, ni un enemigo del matrimonio: es sereno, no obliga, aconseja siguiendo las enseñanzas del Señor y del Apóstol; con todo, prefiere la virginidad al matrimonio; ambos estados los juzga necesarios a la sociedad, el uno para elevar la moral y el otro para la conservación de la especie.

IV. DIVERSOS TRATADOS DE LA VIRGINIDAD. -El primero cronológicamente es el de Virginibus, traducido al español en Biblioteca Renacimiento, Madrid, 1914. Consta de tres libros, dirigidos a su hermana. Lo compuso en 377, a los tres años de su consagración. Al año siguiente escribió el de Virginitate, que hoy presentamos al lector. Como el anterior y los siguientes, es en su mayor parte fruto de su predicación; dícenlo las siguientes frases: "Como acabáis de oír en las lecturas del oficio divino, es de noche y pocos han asistido a las vigilias: seguramente que pocos ricos ayunaron ayer: aquí tenéis un pescador perito en el arte de pescar espiritualmente." Alude en estas palabras a Eusebio, obispo de Bolonia. Más adelante daremos un resumen del contenido de este tratado apologético -así le podemos llamar, ya que lo escribió para rebatir los argumentos en que sus enemigos se apoyaban para reprochar su predicación asidua en favor de la virginidad-, de los capítulos III-XII.

El de Viduis, compuesto en 391 y dedicado a una viuda que se disponía a contraer segundas nupcias, a quien el santo había aconsejado dejar el luto y reprimir las lágrimas excesivas por la muerte de su mario. Era de avanzada edad y tenía ya hijas casadas, y

para defender su conducta atribuía su determinación a consejos del santo; éste, para que no se le atribuyera semejante despropósito, hizo un elogio de la viudez, afirmando que era un estado inferior a la virginidad pero superior al matrimonio, y lo prueba con testimonios de San Pablo y ejemplos de viudas del Antiguo y Nuevo Testamento. Desaprueba la conducta de su dirigida, aunque sin condenar como pecaminosa su decisión, aunque sí como poco decorosa. Del 393 es el tratado de Institutione Virginis seu de Perpetuo Virginitate Beatae Mariae Virginis. En él condena el error de Bonoso, obispo de Sárdica, que negaba la perpetua virginidad de María. Habla, además, de las obligaciones de las vírgenes. Es un sermón predicado en la imposición del velo de virgen a una nieta de Eusebio de Bolonia; algunos creen se trata del obispo de esa ciudad, a que se refiere el santo en el capítulo XX de Virginitate. La Exhortatio ad virginitatem es otro sermón predicado en Florencia en 393, con motivo de la consagración de la basílica ambrosiana, en honor de los santos Vidal y Agrícola, mandada construir por la matrona Juliana; es una instrucción sobre la virginidad, porque se dirigía a tres hijas de la viuda Juliana, y que se inserta al de estas páginas.

Nota. -Los textos de la Sagrada Escritura son de la Vetus Latina y difieren en algunos casos de la Vulgata, aunque no en lo esencial; se hace esta aclaración para que nadie se extrañe de algunas variantes que podría hallar en la traducción.

FR. SIMON ANDRÉS
Silos, 7 de diciembre de 1942.

TRATADO DE LA VIRGINIDAD

CAPÍTULO PRIMERO

Cuéntase como famoso aquel juicio de Salomón (II Reyes, II, 16 y siguientes) cuando fué requerido por dos mujeres que pleiteaban para que él sentenciase. Una de ellas, al volverse mientras dormía, mató a su hijo y reclamaba el ajeno; la otra, con verdadero afecto de madre y libre de culpa, demandaba al hijo que por derecho la pertenecía. Como ambas defendían con tenacidad sus pretensiones llegó a ser dudosa la decisión del juez, pues no podía Salomón ser árbitro de un secreto interior, siéndole tan oculto el pensamiento de ambas. Ante la ambigüedad del caso, mandó que le trajesen una espada y, habiendo encomendado a sus servidores que simulasen su triste cometido, ordenó que fuese dividido el niño, para que cada una de las dos mujeres recibiese su parte. Al oír esto, la mujer que reclamaba el hijo ajeno no solamente se avino, sino que, dejando de lado todo afecto maternal, llegó a solicitar que se dividiese al niño, como el rey mandaba. La otra, por el contrario, como sabía que era su hijo, no temiendo tanto ser vencida como su orfandad y no mirando ya a su propia ayuda como al bien de su querido tesoro, comenzó a rogar que se entregase entero el niño a la madre extraña, mejor que, dividido, recibiese la mitad la verdadera madre.

Por lo cual Salomón, que no investigaba el afecto interior con poder divino, sino con razones humanas, juzgó se debía entregar el niño a la que el propio dolor manifestaba ser la verdadera madre, y que, por el contrario, a la otra, a quien no movía a compasión la muerte segura del niño, debía privársele del título de madre, ya que había comprobado que no lo era por la carencia de sentimientos de piedad.

No estuvo oculta la verdad; pero por la simulación de una de ellas dudó el juez, como también estuvo dudosa la verdadera madre de la solución final del pleito, ante la incertidumbre del juicio.

Si bien este suceso fué una figura para los tiempos pasados, se escribió, no obstante, para nuestra enseñanza, con el fin de que

supíesemos que todo lo fingido se puede descubrir y todo lo engañoso aclararse.

[Como no me propongo en este momento hablar de las mujeres], estas dos litigantes representan la fe y la tentación. En los comienzos toda tentación es causa de error, pues, una vez que por la mala inclinación de la carne y por la tibieza del alma perdió a su hijo, se esfuerza por robar los frutos ajenos. De donde resulta que mientras la tentación litiga vacila la fe, hasta tanto que la espada de Cristo venga a distinguir los afectos ocultos. ¿Cuál es esa espada de Cristo? Es aquella de la está escrito: *He venido a arrojar la espada en el mundo.* (Mat., X, 34.) También es esta espada aquella de la que se dice: *Y una espada traspasará tu alma.* (Luc., II, 35.) Reconoce, pues, cuál es este cuchillo y esta espada. *Es* -dice- *la palabra afilada y bien templada y más penetrante que la espada más aguda, que penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las mismas coyunturas y hasta la medula de los huesos.* (Hebreos, IV, 12.) Espada buena, espada inmejorable es la palabra de Dios, pues escudriña el corazón y los riñones y discierne entre la verdad y el error, que no mata a los que traspasa, antes les conserva la vida.

Baste lo dicho acerca del libro de los Reyes, acerca de la contienda ventilada, sobre la historia narrada, sobre la conciencia dudosa, que por la fe recobra la certidumbre.

Ahora comentemos lo que se ha leído del libro de los Jueces. Pues no conviene que se oiga el relato de un parricidio como si no tuviera importancia. Volvamos a recordar la historia.

CAPÍTULO II

Fué Jefte juez de los judíos. Empeñado en encarnizada lucha de muy problemático resultado, temeroso de ser vencido, hizo el siguiente voto (Jueces, XI, 30-31): que si lograba rechazar al enemigo ofrecería en holocausto a Dios, causa principal de la victoria, lo primero que se le presentase dentro del dintel de su morada. Y

sucedió que, ganada la batalla y derrotados sus adversarios, volvió a casa. Su hija, desconocedora del voto, movida por su filial afecto, le salió al encuentro a la puerta, y en el mismo instante le vino al padre el recuerdo del voto hecho, y el tener que ejecutar la promesa le arrancó este suspiro: *¡Ay, hija mia, me has perdido! Hablé de ti al Señor.* Al oír estas palabras, la hija replicó: *Padre: si con respecto a mi abriste tu boca ante el Señor, ejecuta al punto lo que de tu boca salió.* (Juec., XI, 35 y sigs.) Pidióle, sin embargo, dos meses de tregua para subir al monte y llorar allí su virginidad. Transcurridos éstos. volvió a la casa paterna. El padre cumplió su voto; así se han de entender estas palabras, aun cuando la Escritura Sagrada no señale su ejecución ni haga mención del parricidio.

Pero, ¿es que apruebo esta conducta? De ningún modo; mas, aunque no apruebo el parricidio, llamo la atención sobre el respeto que se debe tener a la promesa hecha. En efecto, se dijo a Abrahán: *Ahora veo claro que amas a tu Dios y Señor, pues no has perdonado a tu hijo único.* (Gén., XXII, 12.) Aquí tienes una señal de como no se ha de prevaricar temerariamente. Pero que Dios no apruebe el parricidio lo hallamos consignado en el mismo sagrado texto, cuando en lugar del hijo se sustituye un carnero (Gén., XXII, 13), para que muera. Tuvo, pues, Jefte un ejemplo en que aprender que Dios no se deleita en la efusión de sangre humana. El mismo mensajero divino enviado a Abrahán enseñó que la vida de los hijos se ha de posponer a los deberes que impone la religión: que se han de ofrecer a Dios los hijos, pero sin matarlos. Puesto que la hija fué tan solícita en cumplir el voto paterno, ¿por qué el padre no dudó cometer el parricidio? Y siendo ella tan prudente para no inducir al padre a engaño, ¿por qué el padre no evitó la muerte de la hija?

Alguno dirá: ¿Cómo es que Dios no permitió el parricidio a Abrahán y aquí toleró que se ejecutase? ¿Por ventura es Dios aceptador de personas? No, pero lo es de los méritos y de las virtudes. Se trataba, ciertamente, de caso difícil y debió Dios manifestar de algún modo qué había que hacer y en los demás casos atenerse a la experiencia. Mas donde había ya un precedente no juzgó necesario un

aviso divino, pues ya tenía a qué atenerse. O tal vez porque no era una misma la medida del mérito, por eso tampoco lo fué la conducta de Dios.

El padre se lamentó, la hija lloró y ambos dudaron de la divina misericordia. Por el contrario, no manifestó Abrahán ese dolor ni tuvo tampoco en cuenta el amor paterno. Tan pronto como oyó el divino mandato, ni por un momento dilató el sacrificio, sino que, con máxima diligencia, presentó el obsequio perfecto. Ni dudó Isaac (Génesis, XXII, 3) cuando, con paso desigual, seguía las huellas del padre; ni derramó lágrimas al atarle ni pidió prórroga al ser ofrecido. Y por este motivo, la misericordia fué mayor donde fué más pronta la fe. Con razón no lloró la acción del padre el que era la risa de la madre (Gén., XXII, 6). En recompensa de esta alegre religiosidad, en su lugar se ordenó el sacrificio del carnero, ya que no había retrasado ni un momento su propia inmolación, ni dudado de la divina misericordia, ni se había preocupado de su propio sacrifico. No hubo nadie que impidiese amor tan cruento, porque la ejecución se ajustaba a la promesa.

CAPíTULO III

Se ejecuta un sacrificio cruento y nadie se opone; se propone el sacrificio de la castidad y hay quien lo prohibe. El padre prometió un parricidio y se cumple; un padre hace voto de la virginidad de su hija y se envidia el amor de una oblación tan piadosa. En aquella historia, la hija dolorida ofrendó su propia sangre para cumplir la promesa del padre; aquí el sacrificio de la castidad no se cumple por promesa del padre, sino por voluntad propia de la hija. Porque hablo de la virginidad, me culpan. Y ¿de qué? ¿De que prohibo los matrimonios ilícitos? Pues entonces hagan reo del mismo delito a Juan Bautista. Y como tal vez no haya otro cargo contra mí, condéneseme únicamente por aquello en lo que fué justificado el profeta. ¿Por ventura hemos dado a conocer al autor de esta conducta para sonrojarle? Haced

memoria, a ver si fué otra la causa de su martirio. Sin duda, la causa de su martirio fué ésta: *No te está permitido -dijo- tener a esa mujer por esposa.* (Mateo, XII, 4.) Si esto se dijo de la esposa de un hombre, ¡con cuánto mayor motivo de una virgen consagrada a Dios! Y si esto se dijo a un rey, ¿cuánto más no se podrá decir a personas privadas? Gracias a Dios que entre vosotros no hay ningún Herodes; ¡ojalá no hubiese tampoco ninguna Herodias!

Entonces, ¿no me será lícito hablar de la virginidad? Pues, ¿cómo está escrito; *Amparad al huérfano y defended a la viuda?* (Isaías, I,17.) Y ¿por qué se escribió: *Dios es el padre de los huérfanos y el juez de las viudas?* ¿Sería digno, según esto, dejar abandonadas y, más aún, condenar a las consagradas a Dios por la castidad y por la virginidad?

Sin embargo, entre los mismos gentiles se tuvo en gran veneración la virginidad observada por las vestales en los templos, y eso que entre ellos no había mérito en su piedad ni virginidad de corazón: sólo se ensalzaba la virginidad material. Nadie prohibe el que las vírgenes asistan a los sacrificios profanos. Y ¿se va a prohibir la virginidad en la Iglesia de Dios? Entre ellos se las obliga a cumplir lo que no las enseñan a practicar.Y ¿entre nosotros se va a prohibir lo que no está vedado enseñar? Ellos, con premios, las apartan del matrimonio. Y ¿nosotros las obligaremos con injurias a contraerlo? Ellos usan de la violencia para ganárselas. Y ¿nosotros las violentaremos para que no se consagren a Dios? ¿Y se podrá exigir tanto heroísmo a los sacerdotes que no salgan en defensa de la virginidad, aunque fuera preciso morir por ello?

Considerad que las vírgenes merecieron las primeras ver a Jesucristo resucitado; en efecto, esto nos enseña la lectura que ahora acabamos de oír. Pues dice San Juan: "Ellas observaban cómo colocaban el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo en un sepulcro nuevo." (Juan, XIX, 41-42.) O como narra San Mateo en su Evangelio: "Cómo ponía José de Arimatea el santo cuerpo en su propio sepulcro." (Mat., XXVII, 25 y sigx.) Muy bien llamó San Mateo nuevo al sepulcro, para que no se creyese que otro distinto

había resucitado saliendo del sepulcro viejo. Y también, según el sentido espiritual, está muy bien lo que dice San Juan, que fué sepultado Jesús en el sepulcro del justo, porque Jesucristo resucitó de entre los muertos con el nuevo amor del justo. Aunque, según el sentido literal, fué conveniente que recibiese sepultura en un sepulcro ajeno, pues el Señor no lo buscó suyo propio. Búsquense sepulcro los que están sometidos a la ley de la muerte; pero el vencedor de la muerte no lo necesitaba: no se preocupaba del sepulcro mortal el que venía a arrebatar los trofeos a la muerte. Vió María la resurrección de Cristo, la constató la primera y creyó en ella. La vió María Magdalena, aunque ésta todavía dudaba.

CAPÍTULO IV

Es de notar que este pasaje tiene gran importancia para que no dudéis, !oh vírgenes!, de la Resurrección del Señor. En primer lugar, el mérito de vuestra castidad no consiste sólo en la virginidad corporal, más bien en la pureza de la integridad del alma; en segundo lugar, que se prohibe a María Magdalena tocar al Señor, porque flaqueaba en la fe de la resurrección. Toca a Cristo el alma que cree en El.

María Magdalena estaba fuera del monumento llorando. (Juan, XX, II.) La que está fuera, llora; la que está dentro desconoce el llanto. Y llora porque no ve el cuerpo de Cristo: piensa que ha desaparecido, porque ella no lo ve. Pues bien: María se queda fuera; no así Pedro y Juan. En fin, ellos, que fueron corriendo, entraron y por eso no lloraron; al contrario, volvieron gozosos. La que no entró, lloró; no creyó: sospechó que con engaño le habían robado, y aun habiendo visto a los ángeles, no juzgó suficiente prueba para creer. Y por eso le dicen los ángeles: *Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?* Esto le dicen los ángeles y lo mismo le repite después el Señor con idénticas palabras, para que sepáis que las palabras de los ángeles son mandatos del Señor.

Finalmente, como he dicho, le dirigió las mismas palabras: *Mujer, ¿por qué lloras? ¡Aquien buscas?* Mujer es en cuanto que no cree, porque el que cree se convierte en varón perfecto y llega a la plenitud de Jesucristo. (Efesios, IV, 13.) La llama *mujer* no tanto por significar su sexo como para reprender la tardanza en creer. Y en verdad que era mujer la que así dudaba, porque la Virgen ya había creído. *¿Por qué lloras?* Es decir, tú eres la causa de tu llanto, tú la autora de tus lágrimas, porque no crees en Cristo. Lloras porque no ves a Jesucristo; cree y verás. Cristo está presente y nunca está lejos de los que le buscan. *¿Por qué lloras?* Como si dijera; no se necesitan lágrimas, sino una fe pronta y digna de Dios. No pienses en las cosas mortales, y no llorarás; no pienses en las cosas perecederas, y no tendrás motivos para derramar lágrimas. Pues, ¿por qué lloras en lo que otros hallan motivo de gozo? *A quien buscas?* O sea: ¿No ves que está presente Cristo? ¿No consideras que Cristo es el poder de Dios, que Cristo es la sabiduría de Dios, que Cristo es la santidad, que Cristo es la castidad y la virginidad, que Cristo nació de Virgen, que procede del padre y está con el padre y siempre en el Padre, nacido, no creado ni de inferior naturaleza, más siempre amado, verdadero Dios de verdadero Dios?

Robaron -dice- *al Señor del sepulcro y no sé dónde le pusieron.* (Juan, XX, 15.) Te equivocas, mujer, cuando piensas que manos extrañas robaron el cuerpo de Cristo del sepulcro y que no resucitó por su propio poder. Nadie le arrebató el poder de Dios, nadie la sabiduría, nadie la venerable castidad. No es posible que roben a Cristo del sepulcro del justo, como tampoco del corazón de su Virgen ni de lo íntimo del alma piadosa, y si hubiese algunos que intentasen robarle de allí, no lo conseguirían. Entonces le dijo el Señor: *María, mírame*. (Juan, XX, 16.) Mientras es incrédula es mujer; cuando comienza a convertirse es llamada María, es decir, toma el nombre de aquella que dió a luz a Cristo; es el alma que engendra a Cristo. *Mírame*, le dice. El que mira a Cristo se corrige; por el contrario, anda descarriado el que no ve a Cristo. Y por eso, volviéndose, ella miró y dijo: *Rabí*, que quiere decir *Maestro*. Quien mira se convierte; el que

se convierte ve con más perfección: quien ve, aprovecha. Y por eso llama al Maestro, al que ya creía muerto; habla al que daba por perdido.

No me toques, la dijo; es decir, aunque estos toques sean para corregir la incredulidad, con todo no toca a Cristo el amor que duda. *No me toques*, la dice. No pongas en duda la virtud de Dios, la sabiduría de Dios, la pureza digna de todo respeto y la castidad digna de todo honor. Más bien, *vete a mis hermanos*. ¿Qué otra cosa quiere decirla con esto, sino: ya no llores fuera? Vete a los elegidos y santísimos sacerdotes y diles: *Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a Vuestro Dios*. Que es como decirla: Mujer, no discutas más, sino pregunta a los más perfectos; ellos te enseñarán la diferencia que hay entre mi Padre y vuestro Padre. Pues el que según mi generación divina es mi Padre, ese mismo es vuestro Padre por adopción. Al decir *mi Padre*, el Hijo de Dios se hace distinto de las criaturas, y diciendo *vuestro Padre*. significa la gracia de la adopción espiritual. Lo mismo que al decir *mi Dios*, nos manifiesta el misterio de la Encarnación, pues al que tiene como Padre según la naturaleza divina le llama Dios por la naturaleza hamana de que se ha revestido, y cuando dice *vuestro Padre* manifiesta el fruto de la redención.

CAPÍTULO V

En verdad que nuestro Dios se hizo nuestro Dios cuando padeció Cristo, y desde entonces fué cuando, por omitir otras cosas, las vírgenes están dispuestas a morir por conservar la integridad de su pureza. No me refiero a casos particulares ni a personas determinadas; donde reina la gracia de Dios, que reine también la paz del Señor. Solamente vengo a defenderme. No reprendo públicamente a nadie. He sido acusado y, si no me equivoco, muchos de mis acusadores están aquí presentes. Quiero refutar sus falsas apreciaciones más que publicar sus nombres. Ahora bien, esa envidia proviene del crimen de que aconsejo la castidad. El que no aprueba mi conducta, él mismo se

delata. Alguien me dice: Es que predicas la virginidad y persuades a muchas jóvenes. Ojalá me probases y convencieses con hechos que esto es cierto. No temería tu envidia si reconociese ser cierta la eficacia de mis palabras. Ojalá que, en vez de zaherirme con palabras, me adujeseis ejemplos. Temo se piense de mí que he buscado aduladores que me alaben.

Otros dicen: Prohibes contraer matrimonio a las jóvenes aspirantes y a las ya consagradas por voto sagrado. !Quien me diera poder ganar también a las que están para casarse! !quién me diera, además, poder trocar el yugo nupcial por el sagrado velo de la virginidad! Pues qué, ¿no es indigno que a las vírgenes consagradas se las separe con violencia de los sagrados altares para llevarlas al matrimonio? Y a quienes es lícito elegir esposo, ¿no les va a ser lícito preferir a Dios? según esto, mi suerte es diferente de los demás, porque para mí es motivo de confusión lo que siempre se consideró como virtud del sacerdote: el arrojar la semilla de la pureza y fomentar los entusiasmos por la virginidad.

CAPÍTULO VI

Ahora pregunto yo: ¡Es malo, es una novedad o algo inútil lo que yo enseño? Si es malo, malos son entonces los deseos de todos; mala la vida de los ángeles, a la que imita la vida futura de la resurrección, pues los que no se casan ni toman mujer *serán como los ángeles de Dios en el cielo*. (Mat. XXII, 30.) Èl que reprende esta conducta condena las esperanzas de la resurrección. Ahora bien, no puede considerarse como malo lo que se ha propuesto como premio a los hombres, ni puede desagradar lo que es figura de aquello, cuya realidad está ya poseída por Cristo y que nosotros ambicionamos. Queda probado que no es malo. ¿No será una novedad? soy el primero en condenar las novedades que no ha enseñado Jesucristo, porque Cristo es el camino para los fieles. ahora bien, si Cristo no enseñó lo que yo aconsejo, también yo lo juzgo detestable. Vamos a

examinar si Cristo enseñó la virginidad o si, por el contrario, creyó que se debía reprobar. Dice: *Hay continentes voluntarios por el reino de los cielos*. (Mat., XIX, 12.) Se trata, pues, de un combate noble, en el que se lucha por la consecución del reino de los cielos. En estas palabras enseño Cristo que existe un deber de procurar el cultivo esmerado de la castidad. De esas palabras concluyeron los Apóstoles que el Señor la prefería a las demás virtudes, y dijeron: *Si ésta es la suerte del hombre con su mujer, es mejor no casarse*. (Mat., XIX, 10.) Al decir esto quisieron manifestar cuán pesadas son las cargas que impone el matrimonio y prefirieron la castidad perfecta. El Señor ya sabía que la virginidad se predicaría a todos y pocos la seguirían; por eso añadió: *No todos comprenden esta palabra, sino únicamente aquellos a quienes les es concedido*. (Mat., XIX, 11.) Es decir, que la virginidad no es para todos ni virtud ordinaria ni es una indulgencia para los débiles, sino una virtud para los valientes y esforzados. Finalmente, al decir *hay continentes voluntarios por el reino de los cielos*, quiso manifestar que esa resolución no es efecto de una virtud vulgar, y por eso añadió: *El que pueda entenderlo, que lo entienda*. (Mat., XIX, 13.) Después de pronunciadas estas palabras le presentaron, para que los bendijera, a unos niños inocentes con aquella inocencia propia de su edad. De aquéllos es, dice, el reino de los cielos, que por no haber cometido impureza alguna, han vuelto a la castidad infantil, como si nuevamente se hubiesen revestido de la naturaleza de los niños. Por lo dicho se ve que queda la virginidad autorizada por la palabra del Señor, y por los consejos divinos, merecedora de todos los entusiasmos para conseguirla. Imitemos lo que esta enseñanza evangélica nos propone. Como en los anteriores versículos nos recordaba Jesús que no es lícito romper el lazo conyugal más que en caso de fornicación, del mismo modo nos habla en los siguientes de la gracia y precioso don de la virginidad (Mat., XX, 9), para enseñarnos que no se ha de condenar el matrimonio, ya que es cosa permitida, aunque como cosa mejor es preferible la castidad. ¡Quién incurrirá en un error tan craso que condene las nupcias? Y, al mismo tiempo, ¿quién será tan necio que desconozca el

peso abrumador del matrimonio? Pues *la mujer soltera y la virgen piensan en las cosas del Señor para ser santas en cuerpo y en alma. Por el contrario, la casada piensa en las cosas del mundo, en cómo agradar al marido.* (I Cor., VII, 34.) Pero además de estos inconvenientes, aunque no peque casándose, sentirá con todo el tormento de la carne, pues son violentos los dolores del parto y no pequeñas las preocupaciones de la crianza y la educación de los hijos. Ya les previno antes el Apóstol para que nadie esquivase estas molestias cuando se presentaren, pues muchas, cuando sufren los dolores del parto, dicen que renuncian al matrimonio; muchos, llevando con pesadumbre las cargas matrimoniales, se dejan robar el amor a la esposa por otro amor bastardo. Por eso el Apóstol les dijo: *¿Estás ligado con mujer? No te divorcies.* (I Cor., VII, 27.) Y dice muy bien *estás ligado*, pues el hombre y la mujer se unen con un lazo de amor y mutuamente quedan atados con las cadenas del amor.

Buenas son, pues, las cadenas del matrimonio, pero al fin cadenas; bueno es el matrimonio, pero unce al yugo, al yugo del mundo, de tal manera que la obliga a agradar a su marido antes que a Dios. Son buenas, a su vez, las heridas del amor y preferibles a los besos, *pues más útiles son las heridas producidas por el amigo que los besos del enemigo.* (Prover., XXVII, 49.) Lo vemos, además, en esto: Pedro hiere (Mat., XXVII, 51), Judas besa (Mat., XXVI, 49); a éste el beso le condena, a aquél la herida le enmienda: con el beso traidor de Judas se mezcla el veneno de la traición; con las lágrimas de Pedro se lava la culpa. Y para significar Salomón lo buenas que son las heridas del amor, dice la Iglesia en el Cantar de los Cantares: *Mirad, yo he sido herida de amor.* (Cant. II, 5.) Así, pues, nadie, ni el que eligió esposa, desprecie la virginidad, ni el que abrazó la virginidad condene el matrimonio, pues a los que siguen esta conducta, o sea, a los que se atreven a disolver el lazo matrimonial, ya hace tiempo los condenó la Iglesia. oíd lo que la esposa dice: *Ven, hermano mío; salgamos al campo, descansemos en los castillos y muy de mañana levantémonos para ir a la viña "para ver si ya florecieron las vides".* (Cant. VII, 12-13.) La Iglesia es tierra fecunda de muchas clases de frutos. Aquí

contemplas los pimpollos de la virginidad, que rompen en flores; allí, como en campos silvestres, ves la viudez muy estimada por su majestuosa gravedad, y más allá admiras cómo la mies de la Iglesia llena las trojes, repletas con la abundante cosecha del matrimonio, y hace rebosar los lagares de Jesucristo con los frutos de la vid fecundada, lagares en los cuales los hijos del matrimonio están pletóricos de vida.

CAPÍTULO VII

No es, pues, ni malo ni nuevo el empeño de consagrarse a Dios. Veamos si se le juzga inútil. He oído a algunos que afirman que con la virginidad se acaba el mundo, decrece el género humano y disminuye el número de casamientos. Y pregunto: ¿Quién ha habido que haya buscado esposa y no la haya hallado? ¿Cuándo se ha visto que se hayan suscitado guerras por causa de una virgen? ¿Cuándo, jamás, ha sido muerto nadie por causa de una virgen? Al contrario, sucede esto por causa de los matrimonios, que mueven al adulterio y se lucha para apresar al raptor. Esto ha sido siempre el mal de los Estados. nadie ha sido condenado por motivo de una virgen. Porque el castigo no retiene a la virgen en la profesión de la castidad: es la religión la que la fomenta y la fe la que la conserva.

Si hay alguno que piensa que con el voto de castidad disminuye el género humano, que se fije cómo donde hay menos vírgenes hay también menos hombres. Mirad cuántas vírgenes se consagran anualmente en Egipto, en Oriente y en Africa. Pues bien, entre nosotros es menor la natalidad que entre ellos el número de vírgenes. Por lo que ocurre en el mundo se colige que no es inútil la virginidad, y más todavía si tenemos en cuenta que por medio de una Virgen nos vino la salvación, que había de fecundar al mundo romano.

Pero si aun persiste alguno en prohibirlo, que se oponga también a que haya esposas honestas, pues más fecundas pueden ser siendo incontinentes. Que no guarden fidelidad al esposo ausente para no

perjudicar a la prole posible y dejar pasar la edad hábil para tener familia.

Pero con este proceder, dirán otros, se dificulta más la posibilidad de que los jóvenes hallen esposa. ¡Y qué, si lo contrario fuese más fácil? Voy a procurar entretenerme unos momentos con los que piensan que se debe prohibir la virginidad. Pero primero sepamos quiénes son éstos. ¿Son los que ya tienen esposa o los que no la tienen? Si son los que ya la tienen, no se inquieten, pues sus mujeres ya no pueden ser vírgenes; si son los que no la tienen aún, no tomen como ofensa el que piensen casarse con la que no aceptaría matrimonio con nadie. ¿O, por ventura, son padres que están preocupados por acomodar a sus hijas los que llevan a mal que se consagren las vírgenes a Dios? Ni éstos tienen por qué temer si las jóvenes siguen mi consejo. Entre pocas, elegirán más pronto las suyas.

Otros dicen que se ha de esperar a que tengan más edad las jóvenes para recibir el velo. Conforme en que el sacerdote debe usar de cautela para no velar inconsideradamente a una doncella. Que espere en buen hora el sacerdote, que espere a que tenga edad, pero la edad de la fidelidad y del pudor. Que espere a la madurez de la modestia, examine si tiene las canas de las buenas costumbres, la senectud del bien obrar, los muchos años de la castidad y su determinación de ser virgen; además, si soporta de buen grado la discreta vigilancia de la madre, si es parca en sus amistades. Cuando esté adornada de todas estas cualidades no faltan a la virgen las canas de la edad avanzada; pero si le faltasen éstas, que se difiera en buen hora su consagración, considerando que es más joven en costumbres que en años.

No se rechaza a la virgen porque sea más o menos joven, sino según el deseo que la anima. En efecto, no hizo recomendable a Santa Tecla la edad, sino la virtud. y ¿para qué me he de cansar en aducir más pruebas, siendo así que para consagrarse a Dios toda edad es hábil con tal que sea perfecta en Cristo? En fin, afirmo que no dan la plenitud a la virtud los años, sino que es la virtud la que perfecciona

la edad. No te extrañe el que hayan profesado la virginidad jóvenes, cuando leemos que jovencitas murieron mártires. Está escrito: *De boca de los niños y de los que aun maman has recibido una alabanza cumplida* (Salmo VIII, 3). ¿hemos de dudar que un joven es capaz de guardar la continencia en su adolescencia, cuando el niño tiene valor para morir por Cristo? ¿Y juzgamos increíble que doncellas casaderas sigan a Cristo hasta el reino de los cielos, cuando también le seguían los niños en el desierto, como lo leemos en el Evangelio, que fueron saciados con cinco panes cuatro mil hombres, sin contar, dice, *niños y las mujeres?* (Mat., XIV, 21).

No apartéis, pues, de Cristo a los niños, poque también ellos sufrieron el martirio por Cristo. *De estos es el reino de los cielos* (Mat., XIX, 14). El Señor les llama. ¿Y tú lo impides? De ellos, en efecto, dice el Señor: *Dejadles que vengan a Mí. No apartéis a las jóvenes de Cristo,* pues de ellas está escrito: *Por eso las doncellas te amaron* (Cant. VIII, 2). *y te condujeron a la casa de su madre* (Cant. VIII, 2). No; no oséis tampoco separar a los niños del amor de Cristo, a quien cuando aún estaban encerrados en el claustro materno ya daban testimonio de El con profético regocijo (Luc., I, 14).

CAPÍTULO VIII

Desde el comienzo de la Iglesia ya buscaban a Jesús las turbas. Y ¿por qué? Porque, dice el Evangelio, *poniendo sobre ellos sus manos, quedaban curados* (Luc., IV, 40). Para curar no hay ni tiempo ni lugar determinados. En todos los lugares y tiempos se ha de aplicar la medicina. Dentro de casa es bendecida por el ángel María (Luc., I, 28); estando dentro de casa es ungido David como profeta (I Reyes, XVI, 3). En todos los lugares cura Jesús: cuando va de camino, en casa, en el desierto. En el camino quedó curada la que tocó el ruedo de su vestido (Mat., IX, 2); en casa del príncipe de la sinagoga resucitó a su hija (Marc., V, 41); en el desierto fué sanada una multituc de enfermos. Pues dice así el Evangelio: *Cuando ya se ponía*

el sol, todos los que tenían enfermos de diversas dolencias los llevaban a Jesús, y El, imponiéndoles las manos, les curaba (luc.,IV, 40). Curaba, pues, y curaba en el desierto y a la puesta del sol, y les curaba imponiéndoles las manos para manifestar con ello que era Dios y al mismo tiempo hombre. No en vano se dice que, una vez amanecido, le buscaban las turbas.

En esto veo un orden determinado. Al ponerse el sol son llevados los enfermos a Jesucristo; ya amanecido, le buscaban las turbas. Y en efecto, ¿cuándo, sino durante el día, se busca a Cristo? Porque el que anda en la luz no se aparta de Cristo. Cuando todavía era de noche se oían los gemidos de los enfermos; por el contrario, al clarear el día es ya la fe del pueblo y la alegría de los sanos para que se cumpliese lo que está escrito: *Se prolongarán por la tarde los gemidos, mas por la mañana las alegrías* (Salm. XXIX, 6). ¿Qué mayor ventura para el pueblo que pueda seguir él también a Cristo al desierto?

Con lo cual quiere enseñarnos que en el varón perfecto no debe existir la soberbia, pues El no rehuía tanto la muchedumbre de la gente como la jactancia en el obrar. Así también nosotros, si deseamos ser curados o si ya merecimos la salud, lejos de nosotros la lujuria, lejos la lascivia, como colocados en el desierto de esta vida y en una tierra estéril, sigamos a Cristo, que huye de las delicias del cuerpo.

Sigámosle durante el día: la Iglesia tiene día, el día que vió Abraham y se alegró (juan, VIII, 56); sigamos, pues, a Jesús durante el día, pues en las noches no se le encuentra. Dice la Escritura: *En mi cama, durante la noche, busqué al que ama mi alma; le busqué, pero no le encontré; le llamé y no me escuchó* (Cant. III, 1).

Tampoco se halla a Cristo en las plazas ni en las calles, pues ni en las plazas ni en las calles le pudo hallar la que dijo: *Me levantaré, iré, recorreré la ciudad, la plaza y las calles y buscaré al que ama mi alma* (Cant. III, 2). No nos cansemos en buscar a Cristo en aquellos parajes donde no le podemos encontrar. Cristo no es de los que andan de ronda. Pues Cristo es la paz, en la plaza hay disputas; Cristo es la justicia, en la plaza reina la injusticia; Cristo es laborioso, la plaza es

el lugar del ocio sin provecho; Cristo es caridad, la plaza es el lugar de la murmuración; Cristo es la fé, en la plaza tienen lugar los engaños y perfidias; Cristo está en la Iglesia; en la plaza, los ídolos. Que aquella viuda de que hablamos en otro libro ("De viduis", cap. 9 y sigs.) se dé cuenta que mi ánimo, al usar aquel lenguaje duro, no fué para reprenderla, sino para darle un consejo caritativo, que no fuí áspero, sino celoso, y para que reciba la gracia del perdón y sepa que en la Iglesia es donde se santifica la viuda y en la plaza donde se pervierte. Huyamos, pues, de las plazas; huyamos de las calles.

Se muy cauto para que la prudencia te guarde de la mujer ajena y malvada..., pues mira desde las ventanas de su casa a las calles (Prov., VII, 4 y sigs.). Huyamos de las calles, pues no es sólo un baldón para ti no haber encontrado al que buscas,sino que también, las más de las veces, el no haberle buscado donde conviene será para ti una herida, como es haberle buscado en casa de aquellos hombres que a sí mismos falsamente se llaman doctores o haberle buscado más con desenvoltura que con pudor.

Así, pues, andemos alerta, no sea que, como sucedió a aquella alma escogida, nos encuentren los serenos que rondan las calles de la ciudad: *Me encontraron* -dice- *los serenos que rondan la ciudad, me golpearon, me llenaron de heridas y los guardianes de las murallas me arrebataron el manto* (Cant. V, 7). No en sí, hijas, no en sí, vuelvo a repetiros, es herida la Iglesia, sino en nosotros. Cuidemos, pues, que nuestra caída no cause daño a la Iglesia; que nadie nos arrebate la capa, esto es, la vestidura distintiva de la prudencia y de la paciencia, de las cuales nos despoja la molicie de otros vestidos. *Pues los que visten vestidos muelles viven en los palacios de los reyes* (Mat., XI, 8). Pero a nosotros nos dió Cristo la capa con la que cubrió a sus apóstoles y a su propio cuerpo finalmente, al mandarte que entregues también la capa, si alguien te pide la túnica (Mat., V, 40) quiere decir que le entregues el vestido de tu buen ejemplo y como que cubras con el manto de tu prudencia al que antes estaba desnudo.

CAPÍTULO IX

Busquemos, pues, hijas mías, busquemos a Cristo allí donde le busca la Iglesia, en los montes del buen olor, montes que despiden, desde las cumbres de los méritos, el suave perfume de la vida realzada por las buenas obras. *Huye, hermano mío, y hazte semejante al ciervo y, como el cervatillo, sube a los montes aromáticos* (Cant. VIII, 14). Pues el que hipnotizado por la mirada astuta de la serpiente y huyendo de los perros y atacado en el suelo por las serpientes que en él se arrastan, no sabe vivir más que en las alturas de las virtudes, no sabe morar más que entre aquellas hijas de la Iglesia que pueden apropiarse las siguientes palabras: *Somos el buen olor de Cristo para Dios* (II Cor., II, 15). Pero para algunos este olor es olor de muerte en lo que mueren; para otros es olor de vida: para aquellos ciertamente que, con fe viva, aspiran el olor de la resurrección del Señor.

Estos montes de los aromas son las almas que recibieron el cuerpo de Jesús y le envolvieron entre sábanas con aromas (Juan, XIX, 40), pues todos los que creyeron que Jesús murió, y que fué sepultado, y que resucitó, subieron al monte más encumbrado de la fe por las alturas de las virtudes. ¿A dónde, pues, se busca a Cristo? Ciertamente, en el corazón del sacerdote prudente.

Y ya que, hablando del desierto, hemos tomado ocasión para decir lo que precede, dónde hay que buscarle nos lo manifiesta El mismo también cuando dice: *Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles. Como el lirio en medio de las espinas* (Cant. II, 1-2). he aquí otro lugar en donde suele hospedarse el Señor; más bien no es uno sólo el lugar, son muchos. *Yo* -dice- *soy la flor del campo*, porque frecuenta la abierta simplicidad del alma casta, y *el lirio de los valles*, pues Cristo es la flor de la humildad, no de la lujuria ni de los placeres ni de la lascivia, sino la flor de la sencillez, de la humildad. *Como el lirio entre las espinas*. ¿No es entre las asperezas de los trabajos y los quebrantos del alma que se yergue la flor del buen olor, ya que Dios se aplaca con el corazón contrito?

Este es, hijas mías, el desierto que conduce al reino; éste es también el desierto que florece como el lirio, según lo que está escrito: *Alégrate tú, estéril; salta de gozo tu desierto y florece como*

el lirio (Isaías, XXXV, 1). Hijas mías, en este desierto empieza a extender los brazos de sus obras y a levantar a Cristo-Dios aquel árbol bueno y fecundo, que produce buenos frutos (Mat., VII, 17).

A semejanza de ese árbol produzcan frutos los árboles de nuestro bosque, *prorque como el manzano entre los árboles de las selvas, así es mi amado en medio de los hijos* (Cant. II, 3). Y admirando esto la Iglesia, diga llena de gozo y regocijo: *A su sombra deseé estar y me senté y sus frutos son dulces a mi paladar.*

Viendo esto, digo: alégrese la Iglesia por habernos ganado a la fe y diga: *Encaminadme a la bodega del vino y ordenad en mí la caridad* (Cant. II, 4). La caridad no puede existir sin la fe, pues hay tres como ríos en la Iglesia: la fe, la esperanza y la caridad. Cuando haya precedido la esperanza y ya se haya consolidado la fe, la caridad se ordena y la Iglesia es fecundada.

CAPÍTULO X

Has aprendido, pues, dónde has de buscar a Cristo; aprende ahora cómo has de merecer que El te busque. Llama al Espíritu Santo diciéndole: *Levántate, Aquilón, y ven, !oh Austro!: sopla en mi huerto y exhalen mis flores sus aromas* (Cant. IV, 16). *Baje mi amado a su huerto y coma los frutos de us manzanos* (Cant. V, 1). El huerto del Verbo es el amor del alma en flor, y la fruta de los manzanos el fruto de la virtud.

El se presenta a tu invitación, y ya sea que comas, ya que bebas, si invocas a Cristo, allí está diciéndote: *"Venid, comed mi pan y bebed mi vino* (Prov., IX, 5); y tambièn si duermes, El llama a la puerta. Viene con mucha frecuencia y por la ventana introduce su mano; pero no viene siempre ni para todos, sino solamente para aquella alma que puede decir: *"Durante la noche me despojé de mi túnica* (Cant. V, 3). Pues es necesario que en la noche del presente siglo te desnudes primeramente de la vestidura de la vida corporal, ya que el Señor, para triunfar de las potestades y dominaciones de este mundo, se despojó de su propia carne en obsequio tuyo. *¡Cómo volveré a vestir la túnica?* (Cant. V, 3). Mira cómo se expresa el alma consagrada a

Dios. De tal suerte se desnudó de las costumbres terrenas y de los actos carnales, que no sabe cómo, ni aun queriendo, pueda nuevamente revestirse de ellos. *¿Cómo la volveré a vestir?* Es decir, ¿con qué vergüenza, con qué pudor y, finalmente, con qué recuerdo? Pues con el hábito de bien obrar perdió la costumbre de su anterior maldad. *Ya me lavé los pies. ¿Cómo podré de nuevo mancharles?* (Cant. V, 5). Aprendiste en el Evangelio que el lavar los pies es un misterio de fe y de grande humildad, según que está escrito: *Si yo os lavé los pies, siendo el Señor y Maestro, ¿cuánto más debéis vosotros lavároslos unos a otros?* (Juan, XIII, 14). Esto pertenece, sin duda, a la humildad; pero en cuanto es misterio, debe lavar sus pies el que quiera tener parte en Cristo, porque *si no te lavaré los pies no tendrás parte conmigo* (Juan, XIII, 8): Cuando esto se dice a Pedro, ¿qué hemos de pensar de nosotros? El que una vez se lavó los pies no tiene por qué volvérselos a lavar, pero para eso cuide de no ensuciarlos. Con razón dice el alma santa: *Ya me lavé los pies.* No dice: ¿cómo me los voy a lavar de nuevo?, sino: ¿cómo nuevamente les mancharé?, cual si se hubiese olvidado de la mancha y contagio pasados. Con esto nos enseña que en el ejercicio de la caridad, tanto corporal como espiritual, debemos borrar las huellas de nuestros actos. Así que, una vez que te hubieres lavado con el celestial riego de la confesión y con el sacramento de la Eucaristía te hubiese purificado, cuida de no ensuciarte con la inmundicia de la concupiscencia y lubricidades de la carne. Estos son los pies que en espíritu se lavó David, que te enseña cómo no puedas ensuciarlos diciéndote: *Firmes estaban nuestros pies en tus atrios, !oh Jerusalén!* (Salm. CXXXI, 2).

Conviene que en estas palabras no entiendas los pies del cuerpo, sino los pies del alma. Pues, ¿cómo podría un hombre terreno tener los pies en el cielo? Jerusalén, como te enseño San Pablo, está en el cielo (Hebr., XII, 22). Y él mismo manifestó, además, cómo puedes vivir en el cielo cuando dice: *Nuestro pensamiento está en el cielo* (Filíp., III, 20); es decir, viviendo allí con nuestras costumbres, con nuestras acciones y con nuestra fe.

CAPÍTULO XI

Todo el que vive de esta suerte puede decir: *Mi amado metió su mano por la mirilla y mi interior se conmovió a su contacto: me levanté a abrir a mi hermano* (Cant. V, 4). Es conveniente que a la venida del Señor se estremezca el interior. Si María se turbó ante la presencia del ángel (Luc., I, 29), ¡ con cuánta más razón nos hemos de turbar nosotros a la venida de Cristo! Cuando viene la gracia divina, el amor carnal se aleja y disminuye la actividad externa del hombre. Así, pues, túrbate y corre; se mandaba a los israelitas que aprisa comiesen el Cordero (Exod., XII, 11). Levántate, abre, que Cristo está a la puerta, está llamando; si le abrieres entrará, y entrará acompañado del Padre. Y no sólo cuando hubiere entrado dejará su galardón, pero aun antes de entrar enviará por delante su presente. Aun está el alma turbada, todavia anda palpando las paredes de su casa, está buscando la puerta donde está Cristo, no ha desatado el yugo de la carne ni salido de las cárceles del cuerpo; está todavía Cristo llamando a la puerta y ya dice: *Mis manos destilaron mirra y mis dedos, empapados, mojaron las manillas del cerrojo* (Cant. V, 5). ¿Qué mirra es la que destilan las manos del alma sino aquella que el justo Nicomedes, maestro en Israel, ofreció a Cristo? (Juan, III, 1 y sigs.). Aquel que mereció el primero oír el misterio de la regeneración, que llevó la mezcla de mirra y áloe en cantidad de más de cien libras y la derramó sobre el cuerpo de Cristo, ¿no es, sin duda, el perfecto olor de la fe lo que llevó? Este olor despide el alma que empieza a abrir a Cristo para recibir primeramente el olor de la supultura del Señor y creer que su carne no sufrió la corrupción ni se marchitó con olor alguno de muerte, sino que resucitó con el olor adobado de aquella flor eterna y siempre verde. ¿Cómo, podía aun en la carne marchitarse Cristo, cuyo nombre es el ungüento anonadado (Cant. I, 2), que se anonadó para inspirarte el soplo de vida?

Siempre existió este ungüento, pero estaba junto al Padre y en el Padre: solamente olía para los ángeles y para los arcángeles, como encerrado dentro del frasco del cielo. Abrió el Padre la boca diciendo: *He aquí que te he puesto a Ti como testamento de mi pueblo, como*

luz de los gentiles, para que seas la salvación hasta los confines de la tierra (Isaí., XLIX, 6). Bajó el Hijo a la tierra y todas las cosas se impregnaron con el nuevo olor del Verbo. Pronunció el Padre la Palabra buena (Salm. XLIV, 2), exhaló el buen olor el Hijo y el Espíritu Santo envió su soplo y se difundió este olor por los corazones de todos: *se derramó, pues, la caridad de Dios en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo* (Rom., V, 5).

El mismo Hijo de Dios guardaba primero, como encerrado en el vaso de su cuerpo, este olor hasta que lo destapó cuando llegó su hora, como él mismo dice: *El Señor me ha dado la lengua de la prudencia para saber cuándo convenga hablar* (Isaí., L, 4). Llegó la hora, abrió su boca y derramó el ungüento cuando la virtud curativa salía de El. Este ungüento fué derramado sobre los judíos y fue recogido por los gentiles, desparramado en Judea y su olor se esparció por todo el mundo. Con este ungüento fué ungida María, y concibió cuando era Virgen, y dió a luz al buen olor, al Hijo de Dios. Fué esparcido sobre las aguas y las santificó. Con este ungüento fueron ungidos los tres jóvenes y la llama del horno fué para ellos como un rocío (Dan., III, 23). Con él fué ungido Daniel, ablandó las bocas de los leones y calmó su ferocidad (Dan., VII, 22).

Este ungüento fluye diariamente y nunca se agota. Toma tu vaso, !oh virgen!, y llénalo para que puedas ser repleta de él. Toma este ungüento, valorado en trescientos denarios, pero que se da gratis, no vendido, para que todos puedan gratuitamente poseerlo. Ungete, !oh virgen!; no te contristes como Judas (Juan, XII, 5) porque es derramado: más bien sepulta en ti a Cristo. Cierra bien tu vaso para que no se derrame el ungüento; ciérrale con la llave de la castidad, con el recato en el hablar y reprimiento la vanagloria.

La que posee este ungüento recibe a Cristo, y por eso la que le poseía dijo: *Abrí a mi hermano y mi hermano pasó* (Cant. V, 6). ¿Y cómo pasó? Entrando dentro del alma, como se dijo a María: *Y una espada traspasará tu alma* (Luc., II, 35). Viva es, en efecto, la palabra de Dios, como aguda y penetrante espada, barrera que se opone a los pensamientos carnales y escudriña el interior del corazón (Hebr., IV, 12).

CAPÍTULO XII

Pues tú, alma, una del pueblo, una de tantas -pues Cristo no se asusta ante las diferencias de condición y dignidad, ni se prenda del vestido de oro, ni de las ricas alhajas, ni de las coronas realzadas con piedras preciosas, por cuyos exorbitantes dispendios se promueven con frecuencia pleitos en la Iglesia y se pierde la paz-, ciertamente tú, una de las vírgenes, que iluminas con el resplandor de tu alma la hermosura de tu cuerpo -con razón, más que ninguna otra, eres comparada a la Iglesia-, tú, digo, en tu lecho y en medio del silencio de la noche, medita siempre en Cristo y en todos los momentos espera su venida.

Si te pareciere que tarda, levántate. Parece que retrasa su venida cuando duermes demasiado, parece que tarda cuando no levantas la voz entonando salmos. Consagra las primicias de tu despertar a Cristo, dedica a Cristo también las primicias de tus actos. Has oído antes que te llamó diciéndote: *Ven desde el Líbano, esposa; ven del Líbano; pasarás y repasarás desde el comienzo de la fe* (Cant. IV, 8); es decir, pasarás a luchar en este mundo y repasarás de nuevo para triunfar con Cristo del mismo mundo. Oíste también que te separó de los leones y de leopardos, esto es, de los ataques de los malignos espíritus; has oído cuánto le agrada la hermosura de tus virtudes; has oído cómo prefiere a los demás dones el perfume de tus vestidos, o sea, la fragancia de tu pureza; has oído que te dijo que eres huerto cerrado, lleno de regaladísimas manzanas. Pide, pues, que aliente sobre ti el Espíritu Santo, que sople sobre tu lecho, que acreciente el olor de tu piedad y de tu gracia. El te responderá: *Yo duermo y mi corazón vigila* (Cant. V, 2).

Oyes la voz del que llama a la puerta y que dice: *Abreme, hermana mía; levántate, amada mía, mi paloma y mi perfecta* (Cany. V, 2) -mi amada, por la caridad; mi paloma, por la sencillez; mi perfecta, por la virtud-, *porque mi cabeza está empapada en rocío.* Así como el roció del cielo ahuyenta la sequía de la noche, así el rocío de nuestro Señor Jesucristo destila la humedad de la vida eterna en las tinieblas de la

noche del mundo. Esta es la cabeza que no se secó con el trato mundanal; por eso dice: *Porque si esto hacen en el leño verde, ¿en el seco qué no harán?* (Luc., XXIII, 31). De esta cabeza desciende el rocío a los demás: esta cabeza rebosa de virtudes, y con mucha razón decimos que rebosa de gracia la cabeza de Cristo, porque Cristo es tu cabeza, porque siempre está lleno, porque no se empobrece con sus liberalidades ni se agota con sus larguezas. A esta cabeza no subió el hierro, instrumento de guerra y señal de discordia.

Ahora medita y considera qué clase de roció es éste; no es rocío común, pues los cabellos del Esposo son los carámbanos de la escarcha. Ahora bien, amada mía: no entiendas por estos cabellos los cabellos corporales (Cant. V, 2), porque éstos no son adorno, sino pecado: son incentivos de la concupiscencia y no maestros de la virtud. Otros rizos tiene el Nazareno, en los cuales nunca entró la tijera; rizos que nadie cortó, ni arreglaron tenacillas, ni compuso artificio alguno, sino cabellos encrespados y brillantes por la abundante gracia de hermosas virtudes. Aprende por la Historia qué clase de rizos usaba el Nazareno. Mientras les llevó intactos, Sansón fué invencible (Juec., XVI, 17); perdió los cabellos y con ellos desapareció también la fortaleza.

Ya que has oído la voz del Verbo, no te preocupes cómo has de vestir nuevamente la túnica; no te preocupes, y como si ya estuviera presente el Señor, libre de pensamiento terrenos, levántate al punto; mientras tanto, recoge tu espíritu para la oración, y así, de las cosas triviales te eleves a lo alto y procures abrir las puertas de tu corazón, pues cuando tus brazos se levantan hacia Cristo, tus manos despiden el buen olor.

Así, pues, percibe el olor de tus manos y examina con fruición, incansable y vigilante, el olor de tus actos. El olor de tu diestra y de tus miembros rezumarán la fragancia de la resurrección; tus dedos destilarán mirra, es decir, tus obras espirituales encenderán la llama de la verdadera fe. Gózate, pues, !oh virgen!, interiormente y séte a ti misma dulce y suave y no te hastiarás de ti misma, como sucede a menudo a los pecadores, pues tu secillez te agradará más que el ir

vestida con estos ropajes mentirosos del cuerpo. Tal te deseó y tal te eligió Cristo. Una vez que le hayas abierto la puerta entrará Jesús, pues no es posible que engañe quien prometió entrar. Abraza al que buscaste; acércate a El y serás iluminada; sujétale, ruégale que no se vaya tan de prisa; ínstale a que no se ausente, pues el Verbo de Dios corre: no se le cautiva con el desdén ni con la negligencia se le guarda. Que corra tu alma, fiada en su palabra, y medite la impresión que en ti ha dejado esa divina palabra, que pasa veloz.

Finalmente, ¿qué es lo que ella dice? *Le busqué y no lo encontré, le llamé y no me contestó* (Cant. V, 6). No creas que te desprecia a ti, que le llamaste, le rogaste, le abriste la puerta, porque se fué tan de prisa. A veces nos abandona para que seamos tentados.

Y en fin, cuando las turbas le rogaban que no se marchase, ¿què dice èl Evangelio? *Es conveniente evangelizar a otras ciudades la palabra de Dios, porque para eso fuí enviado* (Luc., Iv, 43). Así también, si te parece que se ha alejado de ti, sal y búscale de nuevo (Cant. V, 7).

No temas ya, alma devota, a los guardias visibles; no temas a los que rodean la ciudad; no te asusten las hereidas, que no pueden dañar a los que siguen a Cristo, pues aunque te quiten el cuerpo, es decir, la vida corporal, Cristo está cerca, al cual, una vez encontrado, mira dónde has de morar en El, no sea que huya de ti, pues se aleja presto de la compañía de los negligentes.

CAPÍTULO XIII

¿Quién sino la Iglesia santa te podrá enseñar cómo has de retener a Cristo? Digo mejor, te lo ha enseñado ya, si entiendes lo que lees: *Muy corto tiempo fué desde que pasé junto a los guardias hasta que encontré al que amó mi alma; le abracé y no le dejaré* (Cant. III, 4). ¿Con qué cosas es retenido Cristo? No con los lazos de la maldad, no con los lazos de las sogas materiales, sino que se le retiene con los lazos de la caridad, con las ligaduras del alma, con el amor del

corazón. Si tú quieres retener a Cristo búscale sin descanso, no tengas miedo a la fatiga, pues entre las maceraciones frecuentes del cuerpo, entre las mismas manos de los perseguidores se encuentra mejor a Cristo. Dice: *Poco después que les pasé*. Poco después, y en corto espacio desde que te hayas evadido de las manos de los perseguidores y salido ilesa de los poderes del mundo, se te hará encontradizo Cristo y no permitirá que seas tentada largo espacio de tiempo.

La que de esta suerte busca a Cristo le encuentra y puede decir: *Le retuve y no le dejaré marchar hasta tanto que no le introduzca en la casa de mi madre y en la recámara de aquella que me engendró* (Cant.III, 4). ¿Cuál es la casa de tu madre y su recámara sino el interior secreto de tu alma? Guarda esa casa, limpia con esmero el interior de esa morada y, cuando ya la casa estuviere limpia y libre de toda mancha de conciencia falseada, entonces edifíquese la casa espiritual, unida con la piedra angular en un sacerdocio santo, para que habite en ella el Espíritu Santo. La que así busca a Cristo, la que así le insta no es abandonada por El; al contrario, la visita con frecuencia, pues está con nosotros hasta la consumación de los siglos (Mat., XXVIII, 20).

Ya está encontrado Jesucristo, ya se le posee, fué hallado el que introdujo su mano por tu ventana. ¿Cuál es nuestra ventana (Cant. V, 4) sino aquella por la que vemos las obras de Cristo, es decir, el ojo de nuestro corazón y voluntad? Así, pues, !oh virgen!, que Cristo entre por tu ventana y por ella introduzca su mano y llegue hasta ti el amor del Verbo de Dios, pero no el amor carnal. Si, pues, el Verbo de Dios mete su mano por tus ventans, mira cómo las preparas y mira cómo las limpias de toda mancha de pecado. Que no haya nada deforme, nada adulterino en las ventanas de la virgen. fuera pinturas y demás aceites de una hermosura ficticia; fuera también los halagos del mal amor. La ventana de tu alma es como la cerradura de las orejas: en ellas no hay que colgar pendientes ni taladrarlas con agujeros; para las orejas no hay más que un adorno: el escuchar lo que es provechoso.

Aprende, además, a cerrar tu puerta en las horas de la noche; que nadie la encuentre fácilmente abierta. El mismo Esposo quiere

hallarla cerrada cuando llama. Nuestra puerta es nuestra boca; la hemos de abrir casi exclusivamente a Cristo, y no se la abra hasta que llame el Verbo de Dios. Porque está escrito: *Eres huerto cerrado, hermana mía; eres huerto cerrado y fuente sellada* (Cant. V, 12). No abras fácilmente tu boca ni digas chistes de mal gusto. Ni siquiera es conveniente hables de cosas espirituales, a no ser que seas preguntada por el Verbo de Dios. ¡Qué te importan los demás? Habla sólo con Cristo y háblale a solas. Si se dice que las mujeres se callen en la Iglesia (I Cor., XIV, 34), !cuánto más conveniente es que la virgen no abra la puerta, puesto que no conviene que las viudas abran sus ventanas! Pronto se introduce el enemigo del pudor: tan pronto como cae la palabra que quisieras no haber pronunciado. Si hubiese estado cerrada la puerta de Eva. ni Adán hubiese sido engañado ni ella hubiese respondido cuando fué preguntada por la serpiente (Gén., III, 2 y sigs.). Entró la muerte por la ventana (Jer., IX, 21). es decir, por la puerta de Eva. Entra la muerte por tu puerta si hablas lo que es falso, si hablas torpezas o procacidades y también si hablas donde no debes. Ciérrense, pues, las puertas de tus labios y permanezca cerrada tu garganta; entonces, tal vez debas cerrar cuando hayas oído la voz de Dios. Entonces *te destilará la mirra* (Cant. V, 5); entonces aspirarás la gracia del bautismo para morir con Cristo a este mundo y resucitar con Cristo. *¿Por qué, cual si vivieseis para el mundo, os sometéis a ordenanzas* (como éstas), *no tocaréis, no contaminaréis, no comeréis las cosas que son para destrucción por el mismo uso?* (Colos., II, 20 y sigs.). Aléjense las almas castas de toda corrupción; por eso debéis sepultar todo cuidado de la carne y del mundo. *Los que habéis resucitado con Cristo tenéis que buscar las cosas de arriba, donde vive Cristo* (Colos., III,1). Cuando busquéis a Cristo veréis al Padre, pues Cristo está sentado a su diestra.

Más el alma que busca a Cristo no debe ser un alma vulgar: no debe estar en la plaza, ni en las calles, ni ser vocinglera, ni provocativa en sus meneos, ni andar a caza de noticias, ni desaliñada en su vestido. El apóstol te prohibe todo trato terreno y aun te amonesta que casi te remontes sobre todo lo humano para volar con

las alas del alma hasta el cielo. Dice: *Habéis de saborear las cosas de allá arriba, no las que están sobre la tierra* (Colos., III, 2). Pero ya que esto sea imposible viviendo en esta prisión de la carne, y porque, una vez muertos, el alma es impelida a volar a lo alto, ya que mientras vivimos está el alma sujeta a la ley de la naturaleza, por eso añadió: *Pues bien, vosotros ya estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (Colos., III, 3). Ahora bien, si está escondida con Cristo en Dios, que no aparezca al mundo, pues Cristo, muerto al mundo, vive sólo para Dios.

Ahora puedes ver cómo ama Cristo ser deseado y cómo no le gustan las conversaciones con otros. Aquella virgen abrió sus puertas al Verbo de Dios: *Este pasó y mi alma* -dice *salió en pos de su palabra* (Cant. V, 6). Salió del mundo, abandonó las cosas terrenas y permaneció con Cristo. *Le busqué* -dice- *y no le encontré* (Cant. V, 6), pues Cristo se complace en que le busquemos con insistencia.

CAPÍTULO XIV

La encontraron los que guardaban las murallas. Tal vez hay otros guardias de quienes nos tengamos que precaver más. Porque hay una ciudad, que no tiene cerradas las puertas de sus muros, de la cual está escrito: *Y sus puertas no se cerrarán durante el día* (Apoc., XXI, 25), porque en ella no habrá más noche: los pueblos traerán a ella gloria y honor. Esa ciudad es la Jerusalén celestial (hebr., XII, 22), dentro de la cual te conservarás ya como perfecta e inmaculada, pues en ella no entra nada, manchado. No es cosa vulgar la castidad ni la pureza, de las que se habla en el libro de la vida (Apoc., XXI, 27).

Puesto que hemos llegado a encontrar esa ciudad, entrémonos en ella; veamos su luz, sus murallas, sus moradores, los fundamentos de sus muros, y veamos también a los soldados que la guardan. Pero, ¿cómo vamos a entrar en ella? En esta ciudad está la vida y uno es el camino que conduce a la vida, que es Cristo; luego sigamos a Cristo. Pero esa ciudad está en los cielos. En qué forma podremos subir al

cielo nos lo enseña el evangelista, que dice: *Y me condujo el Espíritu a un monte grande y alto y me mostró la ciudad santa de Jerusalén, que bajaba del cielo* (Apocalipsis, XXI, 10). Subamos, pues, con el Espíritu, porque la carne no puede subir hasta ella. Subamos nosotros entre tanto al cielo para que ella a su vez baje hacia nosotros desde el cielo; en esa ciudad la luz es semejante a una piedra preciosísima, como piedra jaspe y cristal (Apoc., XXI, 11). Tiene un muralla grande y alta.

Ya habéis conocido su luz y su muralla; aprended ahora cuáles son sus puertas y sus guardas. *Tiene* -dice- *doce puertas, y en sus puertas doce ángeles, y en ellas están grabados los nombre de las doce tribus de los hijos de Israel* (Apoc., XXI, 12). En las puertas están esculpidos los nombres de los patriarcas y en los muros los de los apóstoles, pues ellos son sus fundamentos y la piedra angular es Cristo, sobre el que se levanta toda la fábrica de la ciudad. Dios está fuera, dentro y en todas partes, pues dice que la majestad de Dios llena toda la ciudad (Apoc., XXI, 11). También vosotras, !oh vírgenes sagradas!, y todos los que sois justos, los que lleváis la castidad sin mancha en vuestra alma, sois ciudadanos de los santos y conciudadanos de Dios. Pero sólo poseeréis esta nobleza de ciudadanía si buscáis a Cristo dentro del recinto de esta ciudad, si entráis en ella por la fe y por las obras perpetuas, iluminados por la luz de los patriarcas, apoyados sobre el fundamento de los apóstoles y si vivís entre los ángeles.

¿Cómo pueden ser los guardias los ángeles, pues quitan el manto al alma casta? (Cant. V, 7). Uno es el manto de las vírgenes y otro el de las jóvenes que recorren las plazas. Las que en las calles buscan a Cristo perdieron el manto que ya poseían: la prudencia no se guarda frecuentando las calles. Y tal vez quiera decir la Escritura (y lo digo para reconciliarme con estas últimas y para manifestarles que la misericordia de Dios se extiende a todos, porque aun éstas alguna vez hallan a Cristo si le buscan con perseveramcia), tal vez este manto signifique los atractivos del cuerpo.

Así, pues, el que buscó a Cristo en su lecho, si es que le buscó

como aquel que dijo: *Me acordé de Ti en mi lecho* (Salm. LXII, 7); si le buscó durante la noche, como el salmista que canta: *Levantad vuestras manos en oración hacia el cielo en las noches* (Salm. CXXXIII, 2); si le buscó en la ciudad, en la plaza y en las calles: en la ciudad de nuestro Dios, en la plaza, en donde acaso está sentado el Juez aquel que juzga con derecho divino; en las calles, donde se dieron cita los que se reunieron para comer la cena del Señor; se le busca de este modo, teniendo como guardianes de la ciudad de Dios a los ángeles, puede hallar a Cristo con tal que le busque largo tiempo.

Ahora bien, por la naturaleza celestial de los guardias podemos también colegir que se trata de una ciudad celestial, de una plaza celeste de eterna justicia; no se ha de entender de plazas ordinarias, sino, sin duda, de aquellas en que suele haber una fuente, de la cual se dice: *Corran hasta ti las aguas de tu fuente y se derramen por tus calles* (Prov., V, 16). Quien de esta manera busca a Cristo llega hasta los ángeles. Mas si por las buenas obras se llega hasta los ángeles, ¿por qué es herido por ellos el que a ellos se acerca? Es porque hay también una espada buena y una herida buena producida por ella. hiere la palabra de Dios, pero esa herida no se ulcera. hay una herida de amor bueno: son las herida de la caridad; por eso dijo el alma: *A mi me ha herido el amor* (Cant. II, 5) El alma perfecta está herida de amor. Buenas son, en verdad, las heridas causadas por el Verbo, buenas las heridas del que ama : *Son* -dice- *más útiles las heridas del amigo que los voluntarios besos del enemigo* (Prov., XXVII, 6). Rebeca fué una de esas almas heridas por el amor, porque habiendo abandonado a sus padres se fué con su esposo (Gén., XXIV, 58 y sigs.); lo fué con su hermana porque tenía muchos hijos, siendo ella aun estéril; porque era imagen de la Iglesia, a quien se dice: *Alégrate, estéril, que no engendras; salta de gozo y grita la que no tiene hijos* (Isaías, LIV, 1).

La encontraron los guardias, la hirieron y le robaron el manto, es decir, la desnudaron de las obras de la carne para que buscase desnuda a Cristo con la simplicidad del alma, porque nadie puede ver a Cristo con el ropaje de la humana sabiduría, o sea, con el gusto de las cosas

de este mundo. Y con razón se le despoja de la vestidura de la humana filosofía para que nadie le robe el alma por medio de la filosofía engañosa (Colos., II, 8).

Con razón, pues, es arrebatado el manto a la que se acerca a Cristo, a fin de que quien ha de ver a Dios entre a su presencia con puro corazón: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mat., V, 7). Así, pues, tan pronto como el alma purifica su corazón encuentra al Verbo y ve a Dios.

CAPÍTULO XV

Búscale, pues, virgen; mejor, busquémosle todos, ya que en las almas no hay diferencia de sexo; pero acaso el nombre de virgen es femenino porque el calor de las pasiones es en ella más vehemente, porque el mismo ímpetu de la carne, por medio de su propia vanidad, la seduce con blandas y muelles razones. Por eso debemos invitar a Dios con oraciones y súplicas para que, como viento benéfico del mediodía, se digne aspirar sobre nosotros que la brisa celestial del Verbo nos oree: esa brisa que acostumbra a agitar los árboles frutales no como el huracán, sino a mecerlos con suave y tenue soplo como de vientecillo.

Por lo cual está escrito: *Aminadab me preparó el carro* (Cant. VI, 11); porque nuestra alma, mientras mora en el cuerpo, como carro tirado por caballos briosos va en busca de un cochero que la conduzca. Aminadab fué, en efecto, padre de Naarón, como se lee en el libro de los Números (Núm., I, 7), que era príncipe del pueblo de Judá; éste era figura de Cristo, verdadero príncipe del pueblo, que subiendo al alma del justo como un cochero la gobierna con las riendas del Verbo para que no sea precipitada en el abismo por lá fogosidad de los caballos. Son como cuatro caballos del alma sus cuatro pasiones: ira, avaricia, concupiscencia y temor. Cuando al comenzar alguna obra están estos cuatro caballos encabritados, no se reconoce uno a sí mismo, pues el cuerpo apesga el alma y la arrastra,

contra su voluntad, como carro tirado por bestias indómitas, empujándola con violencia los cuidados que la envuelven, hasta que la virtud dèl Verbo viene a mitigar esas pasiones. Esta virtud del Verbo es como la prudencia del buen conductor, que tira de las riendas para que el cuerpo mortal no dificulte los movimientos del alma,. su compañera, que por naturaleza es inmortal.

Primeramente es preciso que dome estos veloces movimientos del cuerpo y los refrene con las riendas de la razón, después evite que el cuerpo y el alma caminen con paso desigual, como caballos, de suerte que el caballo malo coarte al bueno, el tardo impida al ligero, el brioso perturbe al pesado, pues el caballo del mal relincha y se encabrita y, despeñándose, rompe el carro y aplasta al que va con él enganchado.

El buen cochero acaricia al caballo alocado, le vuelve al camino de la verdad y le aparta de las sinuosidades del error.

La carrera cuesta arriba es segura; al contrario, son peligrosas las bajadas. Por eso los beneméritos que llevaron el yugo del Verbo son conducidos hasta el pesebre del Señor, en el cual no se les sirve hierba como comida, sino el pan que bajó del cielo.

Las ruedas de este carro son de las que habló el profeta: *Y había espíritu de vida en las ruedas* (Exeq., I, 20), para que el carro, bien construído y redondo, ruede sin ningún estorbo.

CAPÍTULO XVI

Mas para que no pasemos adelante nos invita el Verbo de Dios a que entremos en el huerto del nogal (Cant. VI, 10), en el cual se halla el fruto de la Antigua Ley y la gracia de la Nueva, que es amarga en las tentaciones, dura en los trabajos, pero llena de fruto de virtudes interiores. Por eso floreció la vara de nogal de Aarón (Núm., XVII, 8), no tanto por su propia naturaleza como por una virtud interior. Baje, pues, a su huerto y allí vendimie la fe, aspire los aromas, sáciese con el alimento celestial, hártese con la dulzura de nuesta miel

diciendo: *Segado he mi mirra mezclada con aromas, comí mi pan con mi miel* (Cant. V, 1). Esta miel, formada con las flores de diversas virtudes y elaborada por el trabajo común de aquellas abejas que nos enseñan la previsión (Prov., VI, 8), la Iglesia la deposita en panales para que sea alimento de Cristo.

Todo, pues, lo tenemos en Cristo. Acérquese a El toda alma, tanto la que esté manchada con pecados carnales como la que esté aún clavada con los clavos de la avaricia y como la que, por entregarse a la meditación asidua, está en vías de la perfección y, finalmente, la que es ya perfecta con muchas virtudes. El Señor es inmensamiente rico, Cristo es todo para nosotros: si deseas sanar de una herida, es médico; si te abrasa el ardor de la fiebre, es fuente; si te ves oprimido por la iniquidad, es santidad; si necesitas de auxilio, es fortaleza; si buscas el cielo, es camino; si huyes de las tinieblas, es luz; si tienes hambre, es alimento. *Gustad, pues, y ved cuán suave es el Señor; dichoso el hombre que espera en El* (Salmo XXXIII, 9).

En El esperó aquella que sufría flujo de sangre y al punto sanó, pero porque se acercó con fe (Luc., VIII, 43 y sigs.). Y tú también, hija, toca al menos su ruedo con fe. Con el calor del Verbo, que sana, se secará el flujo de las pasiones mundanas, que brota como torrente: con tal que te acerques con fe; con tal que, al menos, toques la borla de su vestido; con tal que le toques con igual confianza en la palabra divina y con tal que, temblorosa, te arrojes a los pies del Señor (Luc., VIII y sigs.).

¿Y dónde se hallan esos pies de Cristo sino donde está el cuerpo de Cristo? ¡Oh fe, más preciada que todos los tesoros! ¡Oh fe, más eficaz para curar que todos los médicos! Tan pronto como se acercó la mujer sintió la virtud curativa y consiguió el remedio. Le sucedió como a aquel que mira la luz, que antes de recibir sus sensaciones ya la ha percibido su aparato visual. Una enfermedad incurable, que había agotado los recursos del arte y pecuniarios, se cura instantáneamente al solo contacto del vestido. Así, pues, virgen, imita la modestia de aquella mujer en tus modales y su fe inconmovible. !Qué fe tan grande la de aquella mujer! Siente vergüenza de ser vista

y no se ruboriza de confesar como culpable la causa de su dolencia. No ocultes tus deslices, confiesa lo que El ya conoce: no te avergüences de lo que no se ruborizaron los profetas. Escucha lo que dice Jeremías: Sáname, Señor, y quedaré sano (Jeremías, XVII, 14). También ella, al tocar el ruedo, dijo: *Sáname, Señor, y quedaré sana; sálvame, Señór, y seré salva, porque tú eres mi gloria: solamente quedará curada aquella a quien Tú hubieres sanado.*

Si alguno te dice (pues muchas veces son tentados en esta forma los fieles): *¡Dónde está el Verbo de Dios? Que venga* (Jer., XVII, 15), pues también al Señor le fué dicho: *Que baje ahora de la Cruz y creeremos en El; confía en el Señor: que le libre ahora si quiere* (Mat. XXVII, 42-43); si alguien, en son de burla, te dijere esto y si quisiere nuevamente llenar tu inteligencia de burdas fábulas, no le contestes: tampoco Cristo quiso responder a esa clase de personas. Interroga únicamente a Cristo, pues si les hablas no te creerán y si les preguntas no te darán respuesta. Di a solo Cristo: *No me cansé yendo en pos de Ti y no envidié el día del hombre* (Jer., XVII, 16). Esto dijo aquella mujer y cesó el flujo. Aunque fatigada, aunque enferma la que por mucho tiempo había buscado a Cristo, a pesar de esto, dijo: *No sentí trabajo yendo en pos de Ti*, pues no siente fatiga la que sigue a Cristo; al contrario, llama a los que están trabajados que vengan a El para que descansen (Mat., XI, 28). Y en Isaías está escrito: *Los que esperan en el Señor... correrán y no se cansarán* (Isaí., XL, 31).

Al preguntar después Cristo quién le había tocado (Luc., VIII, 45), ¿no te parece que ella respondería: Por qué me preguntas, Señor? Tú lo sabes: lo que brota de mis labios está delante de Ti y por eso no me avergüenzo en confesar mis pecados. *Que se avergüencen los que me persiguen y no lo sea yo* (Jer., XVII, 18).

No se ruborizó Pedro al decir: *Apártate de mi, Señor, porque soy pecador* (Luc., V, 8); en efecto, el hombre sabio y prudente, sobre el que había de descansar el edificio de la Iglesia y el magisterio de la doctrina, prefirió ser humilde a enorgullecerse con el buen éxito de sus obras. Y por eso dijo: *Apártate de mí, Señor* (II Cor., XII, 7). No pide ser abandonado, sino no perder la humildad.

Lo propio hace San Pablo, que se gloria en sentir el aguijón de la carne que Dios le había dejado como contrapeso del orgullo. Hay una jactancia que seduce: es la que San Pablo teme, una jactancia lasciva, que procura también evitar el Apóstol; pero en él no es de temerse la caída porque recelaba envanecerse con las revelaciones, y por eso, como valiente soldado, se alegra porque con la herida corporal había aprendido a comprar la salud del alma.

CAPÍTULO XVII

A imitación de estos apóstoles, si ves en ti gran afluencia y sobreabundancia de bienes sobrenaturales, da gracias a Dios; considera las flaquezas de tu cuerpo como el lastre de la nave de tu alma, no sea que, azotado por las olas del mundo, te eche a pique algún viento de soberbia. Sé prudente, como aquella abeja que, cuando barrunta la tempestad, toma unas piedrecillas y con ellas se sostiene en el aire para que, con el ímpetu de los vientos, no pierda el equilibrio el remo de sus alas. Pablo y Bernabé se sintieron como abrumados por los honores divinos que les daban (Actos, XIV, 12-13). Tú también virgen, a semejanza de la abeja, cuida que el viento de las alabanzas del mundo no levante demasiado el vuelo de tus alas.

En efecto, el alma tiene sus vuelos. y por eso está escrito: *¿Quiénes son esos que vuelan como las nubes y como la paloma con sus polluelos?* (Isaías, LX, 8). Tiene el alma sus vuelos espirituales, con los que recorre en un instante todo el mundo; libremente vuelan los pensamientos de los santos. Cuanto más se remontan a las alturas y hacia Dios, tanto más velozmente son llevadas sin el estorbo del peso de lo terreno. Porque el que vive unido con Dios y lleva ya esculpida en sí la imagen de la semejanza divina, cuando ha amansado los ímpetus de sus pasiones y se ha elevado con las alas espirituales a las regiones sublimes y puras del cielo, desprecia las cosas viles de la tierra, fija su mente en las cosas divinas, se coloca sobre el mundo. Sobre el mundo están la santidad, el amor, la pureza,

la bondad y la sabiduría; por eso, aunque el alma perfecta vive en este mundo, está, sin embargo, sobre él. Por encima del mundo estaba la santidad, puesto que el diablo, para vencerla, ofrece por ella todos los reinos del mundo con toda su gloria (Mat., IV, 8). Estaba sobre el mundo el que no quiso ni tocar nada de lo que en el mundo hay, pues dice: *Viene el príncipe de este mundo y no encontrará en mí nada de lo suyo* (Juan, XIV, 30). Aprended también vosotros a vivir en este mundo, de suerte que os sobrepongáis a él y, aunque tengáis que arrastraros todavía sobre la tierra con el peso de la carne, que vuestra alma se remonte a lo alto. Está por encima del mundo el que lleva consigo a Dios en su cuerpo. Mas ya que no podemos imitar a Dios, imitemos a los apóstoles, a quienes el mundo odió porque no le pertenecían (Juan, XV, 10); imítalos, síguelos. ¿Te parece arduo el sobreponerte al mundo con tus propias fuerzas? Llevas razón cuando así piensas, pues no vayas a creer que los apóstoles merecieron colocarse sobre el mundo porque tuvieran naturaleza divina como Cristo, sino sencillamente siguiendo los pasos del Señor como discípulos. Hazte tú también discípula de Cristo, imitadora suya, pues por ti ruega el que por ellos rogó. Dice El mismo : No ruego sólo por los apóstoles; también ruego por aquellos que han de creer en mí por su palabra, para que todos sean unos. Así, pues, quiere el Señor que todos seamos unos para que todos seamos superiores al mundo: para que una sea la castidad, uno el querer, una la bondad y una la gracia. Con estas virtudes se sostiene y se acelera el vuelo del alma.

Ea, pues; no seamos perezosos: levantemos el vuelo de la tierra; es propio de las alas, que cuanto más se agitan toman mayores vuelos. Tanta más fuerza toma el vuelo del alma cuanto más ansias tiene por volar, de suerte que si va siempre en seguimiento de Dios, si ambiciona morar en la casa del Señor y esa hambre la devora; en fin, si se alimenta con la meditación de los admirables efectos que produce la virtud, al punto despreciará la envidia, que no tiene cabida entre el coro de los ángeles, y la concupiscencia de la carne, que no debe profanar el templo de Dios; y porque somos el templo de Dios, echemos de nosotros los cuidados de la tierra.

CAPÍTULO XVIII

Y para que nadie crea que esas figuras de carros, caballos, alas del alma, las he robado a los filósofos y poetas paganos, os diré que son ellos lo que las han usurpado a nuestros sagrados libros. Que me he servido de nuestro patrimonio os lo va a mostrar la siguiente cita del profeta Ezequiel: *Y allí mismo hízose sentir sobre mí la mano del Señor, y miré, y he aquí que se levantaba del norte un torbellino y en medio de él una gran nube y un fuego resplandeciente con un resplandor alrededor de ella, parecido a la luz del ámbar en medio de fuego, y en medio de ese fuego se veía una semejanza de cuatro animales* (Ezeq., I, 3 y sigs.).

Aquí tienes descritos los cuatro animales. Veamos ahora qué animales son éstos. Dice el texto: *Por lo que hace a su rostro, todos cuatro lo tenían de hombre y todos cuatro tenían cara de león a su lado derecho; al lado izquierdo tenían todos cuatro cara de toro, y en la parte de arriba tenían todos cuatro cara de águila, y sus alas estaban extendidas* (Ezeq., I, 10-11).

En este texto creo que se describe también al alma, cuyos cuatro animales son sus cuatro apetitos; pero no aquellos de que hablamos en el capítulo XV, porque allí las almas eran aún susceptibles de instrucción y crecimiento en la virtud; el alma de que aquí se trata es ya perfecta. Finalmente, a aquellas se les invita a que suban al cielo; éstas ya viven en él en compañía del Verbo. Estas figuras de animales las aplicamos a los cuatro evangelistas, según la índole peculiar de cada uno de sus evangelios; lo mismo aquí, se expresa por medio de las figuras de los animales la especie de apetito representado en ellos, y así en la figura de hombre vemos el apetito racional; en el león, el apetitivo; en el toro, el concupiscible, y en el ángel el visible.

Ya los autores griegos enseñaron que en todo hombre perfecto existen estos cuatro apetitos: que los latinos llamaron prudencia, fortaleza, templanza y justicia. La prudencia es, en efecto, propiedad de la razón humana; la fortaleza lleva consigo el concepto de una fuerza indomable de virtud y el desprecio de la muerte; la templanza,

desposada con el divino amor y entregada a la contemplación de los misterios celestiales, desprecia los placeres del cuerpo; la justicia, colocada como en un elevado monte, ve y atisba cuanto hay en torno suyo: nacida más para los otros que para sí misma, busca no tanto su propio bien como el provecho de la sociedad, y con razón al alma que ha conseguido la justicia se la representa por la figura de águila que abandona la tierra y vive por completo en las sublimes regiones del cielo, y clavada su mirada, por la contemplación, en Dios, consigue la gloria de la resurrección con el precio de la equidad. Por eso se dice de ella: *Se renovará tu juventud como la del águila* (Salm. CII, 5).

También, según David, está el alma dotada de alas espirituales, y hasta tal punto la comparó con el ave, que llega a decir: *Nuestra alma, como el pájaro, ha sido arrevatada del lazo de los cazadores* (Salm. CXXIII, 7). Y en otro lugar: *En Dios confío, ¿cómo decís a mi alma: Huye al monte como el pájaro?* (Salm. X, 2). Tiene el alma sus alas, con las cuales puede libremente volar. Pero no vayas a entender por estas alas la contectura material de sus plumas, sino la serie ininterrumpida de sus buenas acciones. Así sucede en Cristo, a quien cuadra admirablemente este texto: *Y esperaré confiado en la sombra de tus alas* (Salm. LXI, 2), pues no sólo las manos del Señor, fijas en el madero de la Cruz y extendidas a modo de pájaro que vuela, sino también sus obras divinas, como sombra refrigerante de vida eterna, mitigaron los ardores voluptuosos del mundo.

Y puesto que se nos ha dado la facultad de volar, excite en sí cada cual la gracia de Dios y, olvidando las cosas pasadas y apeteciendo las venideras, tienda hacia lo que nos está prometido (Filíp III, 13). Dejemos a un lado los honores terrenos, huyamos de los ardores del mundo, no nos ocurra lo que cuentan las fábulas, que, fundida por el calor del sol la cera de las alas de Jearo, no podamos volar. Aunque no haya que dar gran autoridad a esta fábula, con todo, nos quisieron declarar los antiguos con esta ficción poética que vuelan seguros los varones perfectos en medio de este mundo y que, por el contrario, la juventud alocada, expuesta al calor de las concupiscencias del mundo, al derretírsele las alas por olvidarse de la verdad, y deshecha la

trabazón de sus buenas obras, se estrella contra el suelo con más grave daño suyo.

No todos pueden volar fácilmente; es también dificultosa la carrera de la vida humana por el choque de unas pasiones contra otras; mas si nuestros afectos no se hacen la guerra, entonces verá el profeta en nosotros aquella rueda única unida en la tierra con los cuatro animales; la volverá a ver Ezequiel; la verá todavía que tiene fuerza y que la tendrá. Verá, repito, la rueda en medio de la rueda caer sobre la tierra sin sufrir rotura (Ezequiel, I, 15-16). Verá rodar sobre la tierra nuestra vida natural, que gira adaptada a la inspiración de la divina gracia y ajustada en su carrera a los mandamientos evangélicos. La rueda, en cambio, que estaba en medio de la rueda es como la vida dentro de la vida; que no disuene entre sí la vida de las almas buenas, sino que cual hubiere sido la conducta de los primeros años ésa sea también la postrera, es decir, que morando en esta vida corporal vivan de la vida eterna.

Cuando ambas vidas marchen de consuno, entonces se realizará la palabra de la Escritura, entonces aparecerá sobre la semejanza del trono la semejanza como de la figura de hombre (Ezeq., I, 26). En este pasaje la figura de hombre es el Verbo, *porque el Verbo se hizo carne* (Juan, I, 14). Este hombre es el cochero de nuestros caballos, o sea, el que gobierna nuestros apetitos, el director de nuestra vida; el que unas veces, en razón de nuestros méritos, se sube al carro, otras veces al monte y otras a la nave; pero sube a aquella nave en que reman los apóstoles o en que está el pescador Pedro (Luc., V, 3 u sigs.), porque no es una nave cualquiera la que es guiada a alta mar (Mat., XVII, 1), es decir, la nave que es separada de los incrédulos. ¿Por qué se escoge la nave en la que se acomode Cristo, desde la que se evangelice a las turbas, sino porque esta nave es la Iglesia, que boga a velas desplegadas, movida por el soplo del Espíritu Santo y enarbolando el estandarte de la Cruz?

En esta nave es donde pesca Pedro: unas veces se le ordena que pesque con redes; otras, con anzuelo. Gran misterio. Parece se trata de pesca espiritual, en la cual se le manda echar al mundo el anzuelo de

la doctrina para que extraiga de ese mar a aquel primer mártir, Esteban, que guardaba en su interior el censo de Cristo, pues el mártir cristiano es tesoro de la Iglesia. Así el primer mártir que subió al cielo fué extraído del mar de este mundo para hacerle ministro del altar por Pedro, y le pesca no con la red, sino con el anzuelo, para que, por el río de su propia sangre, él mismo se levantase hasta el cielo. En su boca estaba encerrado el tesoro al dar con su palabra testimonio de Jesucristo. Pues, ¿qué otro tesoro hay en nostros sino la palabra de Dios? Con las redes y con el anzuelo de Dios se coge al alma perfecta: para capturarla se usa la red; para purificarla, el anzuelo. A la multitud se le pesca con red, pero con el anzuelo se eligen una a una las almas. ¡Oh, quién mi diera devorar aquel anzuelo que purificase mi boca y con leve herida me diese la salud!

CAPÍTULO XIX

Entrad, hijas; entrad en las redes de los apóstoles, que son arrojadas no por autoridad humana, sino por mandato divino, pues la red de la sabiduría y de la doctrina espirituales es el reino de los cielos, como está escrito: *El reino de los cielos es semejante a la red echada al mar* (Mat., XIII, 47). Acabáis de oír cómo Nestro Señor Jesucristo dice a Pedro: *Guía mar adentro y echad las redes para pescar* (Luc., V, 4). Antes no se introducía Pedro en alta mar cuando pescaba en el lago, porque, aunque era mar, no era mar profundo. La Escritura desconoce la alta mar. Vas a oír lo que significan estas palabras, alta mar: *Mar profundo es el consejo en el corazón del hombre* (Prov., XVIII, 4), corazón sin vado. Guía mar adentro el remo de tu duda y de tu fe y arrójale hasta el corazón del hombre. Por medio de una parábola llama en este pasaje a San Pedro al seno de la Iglesia, al que, según San Mateo, invitó Jesús con una simple palabra diciéndole: *Venid y os haré pescadores de hombres* (Mat., IV, 19).

Hay en estas palabras otro misterio: *Guía mar adentro*; porque antes estaba en la arena, cuando aun vivía en la sinagoga. El mar de Judea no era profundo. Finalmente, la samaritana juzgaba que el pozo

era hondo cuando decía: *Y el pozo es profundo. ¿Cómo puedes darme a beber el agua viva?* (Juan, IV, 11). No podía guiar mar adentro cuando profesaba la fe de los judíos, los cuales eran incapaces de extraer el agua del pozo. Por eso se dice a Pedro: *Guía mar adentro*, es decir, entra hasta Cristo, porque Cristo es profundo. Dijo el padre, refiriéndose a El, las palabras que siguen, dirigidas a San Juan Bautista: *Y tú, niño, serás llamado el profeta del Altísimo* (Luc., I, 76). Guía, pues, hasta Cristo, que es muy profundo. *En El está la profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios* (Rom., XI, 33). *Guía a alta mar*, porque Cristo es más alto que todos y guarda y eleva a los humildes.

Hay profundidad en las almas en las que mora Cristo; es decir, que son almas de fe y que temen al Señor, como aquellas que dice: *!Oh Dios, te vieron las aguas, te vieron y tuvieron miedo* (Salm., LXXVI, 17). Entre los judios no había profundidad porque no había convicción íntima en sus corazones; de aquí que dijera de ellos el Señor: *Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de Mí* (Mat., XIV, 8). A Cristo le gusta residir en el corazón: *Como estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará también el Hijo del hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches* (Mat., XXII, 40). Y para que sepas que habla de la fe, al decir: Guía mar adentro responde Pedro: *Maestro: nada hemos recogido a pesar de haber trabajado durante toda la noche, mas por tu mandato echaré las redes* (Lucas, V, 5). Estaba el alma de Pedro como envuelta en la noche antes de ver a Cristo, pues aun no le había amanecido el día, aun no había visto la verdadera luz. La sinagoga es la noche y la Iglesia el día. Por eso dice San Pablo: *Ya pasó la noche, el día ya ha aparecido* (Rom., XIII, 12). Buena fué aquella luz, que disipó la oscuridad de la perfidia judaica y trajo el día de la fe. Pedro fué hecho día, y también Pablo, y por eso hoy, día de su natalicio, dice en su oficio el Espíritu Santo: *El día transmite su palabra al día* (Salm. XVIII, 3), es decir, predican la fe de Cristo desde lo más profundo del tesoro de su corazón y son buenos días estos dos apóstoles porque nos manifestaron la verdadera luz.

Esto se lee en el Evangelio, y tal vez sea hoy el tema de la conversación entre Jesús y Pedro refiriéndose a nosotros, pues todos los días se ejercita Pedro en pasear y cada día le dice el Señor: *Guía mar adentro* y me parece que Pedro le responde: *Maestro, hemos estado trabajando toda la noche y no hemos pescado nada.* Ahora es de noche y muy pocos son los que asistieron a las vigilias. Trabajan en nosotros Pedro y Pablo cuando somos fervorosos, pues acabáis de oír: *¿Quién está enfermo que no lo esté yo también?* (II Corin., XI, 29). No hagáis trabajar en balde a los apóstoles. Por eso dicen al Señor: *Hemos bregado toda la noche y no hemos pescado nada.* Seguramente que ninguno de los ricos ayunó ayer. A éstos dice muy bien San Pedro: *Vivid con temor mientras moráis en vuestro destierro, debiendo saber que no habéis sido rescatados de vuestra vida vana con plata y oro, que son bienes corruptibles, sino con la sangre de Jesucristo, como de cordero sin mancha e inmaculado* (I Pedro, I, 18-19). No os rescató, según esto, ni el oro ni la plata, sino vuestra profesión de fe, más preciosa que el oro, que perece.

El siervo bueno procura reponer el precio que su amo ha entregado por su compra. Hija, no amontones oro ni plata: no hemos sido rescatados por Cristo con estas riquezas materiales. Ten preparado el precio. No siempre te lo exigirán, pero siempre pesa sobre ti esa deuda. El entrega sangre, luego sangre debes; El da por ti, devuélvele tú también. Habíamos sido entregados en fianza a un mal acreedor por nuestros pecados; firmamos el pagaré de la culpa: debíamos pagar con sangre; vino el Señor y ofreció su sangre por nosotros, porque tú no puedes pagar con sangre.

Como el buen siervo debe devolver a su amo el precio de su rescate; mas ya que no pueda satisfacer esa obligación, al menos no se haga indigno del precio entregado. Así, tú hazte también digna del rescate que en tu lugar se ha satisfecho, no sea que venga Cristo, que te limpió, que te redimió, y, si te encontrase envuelta en pecados, te diga: *¿Qué utilidad hubo en que yo derramase mi sangre?* (Salm. XXIX, 10). *¿Qué te aprovechó a ti el que yo bajase al sepulcro?*

Pero no te sorprendas al oír cómo pudo bajar al lugar de la corrupción Aquel cuya carne, según está escrito, *no experimentó la corrupción* (Act., II, 24 y sigs). Bajó, sí, al lugar de la corrupción; pero, como estaba El incorrupto, desechó la corrupción de aquel lugar.

CAPÍTULO XX

Después de lo dicho, para volver a tomar el hilo del discurso os pido roguéis a Dios que yo merezca oír el *Guía mar adentro y arrojad las redes para la pesca.* ¿Quién hay que sin la ayuda divina pesque a esta muchedumbre, sobre todo cuando tantas tempestades y borrascas del mundo se oponen a ello? Mas cuando el Señor quiere, manda echar las redes y se pesca una gran multitud de peces, de suerte que no se llena una, sino dos naves, porque muchas son las iglesias que rebosan de fieles. Y ya conocía el Señor que habíamos de tener mucho trabajo cuando nos envió la ayuda de otros compañeros. Aquí tenéis al pescador de la Iglesia de Bolonia, muy diestro en el arte de pescas. Da, Señor, peces, ya que me diste ayudas.

Mas no creáis que usamos redes propias; usamos las de los apóstoles. ¡Oh hijas, que ese vuestro rebaño se sienta conducido a esos lugares abrigados y apartados de las enseñanzas apostólicas!

¡Que Pedro os vivifique con su doctrina, hijas El, que intervino en favor de una viuda (Act., IX, 39-40). ¡cuánto más lo hará por una virgen! ¡El, que no pudo sufrir que se prolongase por mucho tiempo el llanto de las viudas, resucitó a la sirvienta que tanto las ayudaba!

Que os vivifique Pablo; él que os incita a ser fieles a vuestra vocación de vírgenes recomendando se os preste honor (I Tim., V, 3); él, que dijo: *Bueno es que permanezcan como yo* (I Cor., VII, 8); que os enseña a ser fieles con su doctrina y que os arrastra con su ejemplo (Mat., IV. 20 y siguientes). Animeos la conducta de aquel que abandonando todo siguió al Señor. Le siguió Pedro y le siguó Juan.

Medita además en las ventajas que consiguió este pescador. Mientras buscaba su sustento en el mar, halló al que es la vida de

todos. Dejó la barquichuela y encontró a Dios; dejó el remo y encontró al Verbo; arrojó las redes al mar y la fe quedó prendida entre sus mallas; las plegó y sacó hombres; despreció el mar y consiguió el cielo. Mientras zozobraba Pedro sobre las olas agitadas después de la Resurrección, sobre esas aguas movedizas cimentó en la roca las voluntades vacilantes de los hombres.

Ejercitemos con frecuencia el arte de la pesca para que nuestra fe sea más firme. Cuanto más despreciable sea la condición del pescador, tanto más resalta la obra del apóstol: si es pobre, reportará mayor fruto; si aparece inepto para tan sublime ministerio, ganará más almas para Dios. Cuanto menos se aprecie a la persona del pescador tanto más meritoria será la fe, porque la doctrina que predica no es suya, sino de Dios. El que descienda de humilde cuna hace que no se estime la ciencia humana y que se aprecie más la divina. El que no estudió la ley y penetra el sentido de la ley, él mismo es para sí la ley. El que no aprendió la ley y habla de cosas que están sobre la ley recibió este conocimiento de quien promulgó la misma ley (Rom., II 14 y 15).

¿Cómo le vino a Pedro honor tan repentino? Dos pescadores hablaban en el monte Tabor, el uno con el promulgador de la ley, Moisés, y el otro con el ejecutor, Elías (Mat., XVII, 1 y sigs.). Ahora ved quién es este pescador. Levantado Moisés sobre todo lo terreno y sobre todo conocimiento humano, se remontó su espíritu hasta el cielo y los astros; Pedro no se ve envuelto por la niebla, ni se halla entre tempestades, ni es excluído de los secretos misterios del cielo, sino que, remontándose sobre todo lo corpóreo, vió al Verbo junto a Dios y que el mismo Verbo era Dios: le vió y no dudó Pedro al contemplarle (Juan, I, 1 y sigs.), a pesar de su natural miopía; al contrario, reconoció al Hijo de Dios en el hombre (Mat., XVI, 17), de suerte que al ser asumida la naturaleza humana quedó agregada a la naturaleza divina, llevando con derecho el nombre de la naturaleza del que la elevó; es decir, que propiamente le llamamos Jesucristo Dios y Hombre verdadero.

Al decir Moisés: Y *dijo Dios... e hizo Dios...* (Génes., I, 3 y sigs.) significó al Padre y al Hijo, pero él no lo ignoraba; yo sí que lo

ignoraba todavía. Finalmente, después de promulgada la ley, el pueblo prevaricó; después de anunciado el Evangelio, el pueblo creyó. En ambas manifestaciones del gran poder de Dios se muestra grande la gracia divina: en el Antiguo Testamento, porque hizo la descripción del mundo como cosa por El bien conocida; en el Nuevo, porque no quiere tener nada con el mundo; es decir, se alejó de él porque el mundo no quiso reconocerle.

"EXHORTATIO VIRGINITATIS" DE SAN AMBROSIO

Este libro, publicado en 393 ó 394, es un sermón que predicó San Ambrosio en la consagración de la Iglesia de los santos mártires Vidal y Agrícola.

Para evitar el encuentro en Milán con el emperador Eugenio, que quería restablecer el culto de los ídolos, San Ambrosio se retiró a Bolonia. Mientras residía en esa ciudad, por revelación divina, según parece, hecha a nuestro santo, se hallaron los cuerpos de los santos mártires Vidal y Agrícola y celebró su traslación solemne. Al saberlo, los florentinos instaron a nuestro santo a que fuese a Florencia para consagrar la nueva iglesia construída a expensas de una viuda llamada Juliana. Accedió San Ambrosio a sus ruegos, aunque tenía dispuesto ir a otra parte (capítulo I). Llevó consigo algunas reliquias de los santos mártires, que depositó solemnemente en la nueva iglesa por él consagrada, denominada por este motivo ambrosiana. En esta solemnidad predicó el sermón que forma el tema de este tratado. Todo esto lo manifiesta San Ambrosio en el exordio y especifica además cómo fueron exhumados los cuerpos, las reliquias que, como trofeos, les trae a este banquete de la dedicación del templo, que son los clavos, la sangre triunfal y la cruz en que fueron martirizados los santos mártires Vidal y Agrícola. Dice que no pudo negarse a esa invitación al saber que Juliana, no contenta con haber empleado todos sus bienes en levantar el nuevo templo, había consagrado además toda su familia e incluso a sí misma al servicio de Dios. Como primicias de esa oblación presenta al padre, que, cumplidos perfectamente sus deberes conyugales, se ordenó de diácono con el consentimiento de sus esposa, mas al poco tiempo murió. Juliana, su mujer, después de este corto noviciado de continencia que imponía ya el diaconado aun a los casados, quiso consagrar su viudez con perpetua y solemne profesión de castidad, pero deseó que sus tres hijas y su hijo imitasen el ejemplo de sus padres. Para avivar en ellos ese deseo de abrazar el estado de perpetua virginidad les dirigió una

patética exhortación, compuesta, sin duda, por San Ambrosio, ya que tiene todas sus cualidades de estilo y elocuencia (cap. III y sigs).

Se dirige primero al hijo, que todavía no había salido de los años de la adolescencia, y le explica por qué le impusieron el nombre de Lorenzo. Le dice que su padre y ella desesperaban ya de tener un hijo varón y, deseosos de tener uno que se consagrase al culto de los altares, se encomendaron al gran mártir español San Lorenzo y por su intercesión le lograron. Imitando el ejemplo de Ana, que consagró a Dios su hijo Samuel, así ambos lo dedicaron al santo protector. Le ruega que, haciendo caso de los votos paternos, libremente satisfaga ese compromiso santo por ellos contraído.

Habla luego a las hijas y les enumera los trabajos del matrimonio, les contrapone las ventajas de la virginidad y encarecidamente las aconseja que también ellas se consagren a Dios haciendo profesión de vírgenes. Con nuevas razones, y cada vez con más entusiasmo, se dirige ya al hijo, ya a las hijas, ya a los cuatro conjuntamente, les invita a que satisfagan las ansias de su madre, dándose por bien pagada de los trabajos sufridos, de la pérdida de su virginidad y de la viudez y soledad que padece si ellos de buen grado aceptan su proposición. No fué vano su empeño. Lorenzo recibió el orden del lextorado (cap. VIII) y las tres hijas profesaron virginidad, según la costumbre de la Iglesia, y la guardaron fielmente en la casa materna (cap. XIV).

Al elocuente discurso de Juliana quiso el santo doctor añadir sus consejos (cap. IX). Recuerda a las tres hijas el oficio de las vírgenes, los ejercicios propios de ese estado, la conducta que han de observar para cumplir, en unión de su madre, las reglas de su profesión (cap. XI). Propónelas ejemplos de vírgenes que han de imitar, y especialmente el de su consanguínea Santa Sotera, vírgen y mártir. Entre otros detalles de su martirio, las cuenta cómo, para sacrificar a Dios lo que en otras es causa de perdición y que ella había guardado cuidadosamente velado, la hermosura de su rostro, descubriéndola únicamente en el momento de su martirio, presentó su cara para que recibiese los ultrajes y bofetadas del verdugo y quitar de esa manera

el peligro que podía correr su castidad(cap. XII). Las recomienda la asidua lectura de los sagrados libros, la modestia, el silencio; que se guarden de jurar, de frecuentar las casas de sus vecinas para evitar los chismes y conversaciones impropias de su estado; las anima a soportar en silencio las injurias y críticas de los detractores: para ello les presenta como modelos a Susana, José y Job, que supieron soportar con paciencia las heridas mordaces de la lengua y Dios se encargó de publicar y vindicar su conducta (capítulos XI,XII y XIII). En el capítulo XIV pinta a la viuda Juliana, que se dirige al templò como una reina, cortejada por las tres hijas, a quienes presenta como el reino y las verdaderas joyas de tan santa madre. Y al entrar en la iglesia oyen la bien timbrada voz del hijo del hermano, que canta salmos y lee las sagradas Escrituras llenando de santo orgullo a aquella matrona, que mira como propio todo lo que hay en aquel sagrado recinto. Finalmente, el santo dirige una tiernísima oración a Dios, en la que le pide que se muestre siempre propicio a las súplicas de los fieles, que reciba la ofrenda eucarística que se le ofrecerá en adelante en aquel nuevo templo y, sobre todo, que al mirar la hostia sacrosanta, que quitó los pecados del mundo, mire a esas hostias vivas, las bendiga y premie la generosidad con que se han desprendido de los bienes terrenos para levantar un templo a su gloria y la oblación de su virginidad le sea siempre grata.

EXHORTACIÓN A LA VIRGINIDAD

CAPÍTULO PRIMERO

Los que son invitados a un gran banquete acostumbran llevar consigo regalos. Yo, que he sido convidado al banquete de Bolonia, donde tiene lugar la traslación del santo mártir, os he reservado un presente de santidad y gracia. También en las entradas triunfales de los príncipes es costrumbre que se repartan regalos; mis obsequios son a su vez de triunfos, pues los triunfos de Cristo son las palmas de los mártires. No venía yo aquí; mas, ya que me habéis invitado, deber mío es traeros lo que llevaba para otros y no venir aquí más pobre, ya que tanto lo soy en mi persona, bastante más de lo que os imagináis; con todo, encontraréis mi valor acrecentado por el del mártir.

El nombre del mártir es Agrícola, de quien fué antes siervo Vidal y ahora compañero y colega en el martirio. Precedióle el siervo para preparar el lugar; le siguió el amo, seguro de hallarlo prevenido por la fe del criado. No alabamos cosas que no pertenezcan a San Agrícola, porque el martirio del criado fué escuela del amo. El criado dió la lección y el amo la llevó a la práctica. Con esto no pretendo rebajar los méritos de Agrícola. ¿Cómo puede haber mengua en lo que es don de Cristo? Vidal, sirviendo a un hombre, aprendió admirablemente cómo se agrada a Cristo: Vidal merece doble alabanza porque fué maestro y porque fué mártir. Hubo una pugna entre ambos en hacerse favores una vez que lograron igualar su condición. El siervo corrió antes al martirio y el amo le dió alcance.

El que uno sea libre o esclavo no impide el ser recomendable: no es la alcurnia la que da el mérito, sino la fe. Siervos o libres, todos somos iguales en Cristo *y cada uno recibirá del Señor según el bien que haya hecho* (Efesios, VI, 8). Ni la esclavitud rebaja ni el ser libre sublima. Fíjate en aquello sólo en quien no cuenta para nada la condición personal. Te dice el apóstol: *¿has sido llamado de la*

esclavitud? No te dé cuidado... El que siendo siervo fué llamado por Dios a la fe es liberto del Señor. Igualmente , el que siendo libre fué llamado por el Señor es siervo de Cristo (Cor., VII 21 y 22).

Fíjate bien en la fuerza de las palabras del apóstol. Se considera que favoreció más a quien era de condición servil que al que era de condición libre al ser llamados, pues del siervo hizo un liberto de Cristo; por el contrario, del libre hizo un siervo de Cristo. Mas ni a uno ni a otro mejoró: repartió a ambos con la misma medida. En efecto, a los ojos de Dios la servidumbre y la libertad se pesan en la misma balanza y en nada se diferencian los méritos de una buena esclavitud y de una buena libertad, porque no hay mayor dignidad que servir a Cristo. Al fin y al cabo, San Pablo se llama a sí siervo de Jesucristo (Rom, I, 1); esta servidumbre es gloriosa y de ella se enorgullece el Apóstol. ¿No es, en efecto, sumo honor el haber sido considerados dignos de un precio tan subido como es el haber sido redimidos por la sangre del Señor? Pero continuemos el relato.

Como fuese San Vidal impelido por los perseguidores a renegar de Cristo y él confesase con más insistencia a Jesucristo Nuestro Señor, y como le aplicasen todo género de tormentos, de suerte que no dejaron parte de su cuerpo sin herida, dirigió al Señor esta oración: "!Señor mío Jesucristo, mi Salvador y mi Dios: manda que sea recogido mi espíritu, pues ya deseo recibir la corona que me ha mostrado tu santo ángel!" Y acabada esta plegaria, expiró.

A San Agrícola se le consideraba de un natural más manso, y por eso era amado hasta por los mismos verdugos: por esa causa diferían su martirio; pero ese honor que sus perseguidores le daban resultaba, en realidad, una crueldad mayor, pues tenían envidia de su martirio. Al fin, cuando vieron que no cedía, le crucificaron, para que nos demos cuenta de que aquellas condescendencias no procedían de buena voluntad, sino del deseo de engañarle. Lo que pretendían era amedrentar al amo con el tormento del criado; pero Cristo trocó esto mismo en una gracia, a saber: que el amo imitase el martirio del criado.

Sus mismos nombres era como presagio de martirio, les predestinaban a ese gran honor. El uno se llamaba Vidal para indicar

que con el desprecio de la presente vida no pretendía más que la conquista de la otra, verdadera y eterna, del cielo. El otro, Agrícola, como buen labrador, debía sembrar los escogidos frutos de la divina gracia y con la efusión de su sangre regar los planteles de sus méritos y virtudes.

Los cuerpos de los mártires estaban enterrados en el suelo de los judíos, entremezclados con sus muertos. Ambicionaron tener juntas sus sepulturas con las de los siervos de aquel Señor a quien negaron.Lo mismo que en otro tiempo Balaán, cuando decía: *Muera mi alma entre las almas de los justos* (Núm., XXIII, 10), sin querer imitar en vida la conducta de aquellos entre cuyas almas deseaba morir. Lo mismo hicieron éstos: a los que persiguieron vivos les honraron después de muertos. Allí buscábamos las reliquias del mártir como quien recoge la rosa entre las espinas.

Mientras estábamos extrayendo las sagradas reliquias nos veíamos asediados por los judíos; el pueblo fiel estaba también allí, aplaudiendo lleno de gozo. Decían los judíos: *Han aparecido las flores en nuestra tierra* (Cant., II, 2), al ver los cuerpos de los mártires, y los cristianos respondían: *ha llegado el tiempo de la poda* (Cant., II, 12). *Ya el que recoge recibe galardón* (Juan, IV, 36). Otros sembraron y nosotros recolectamos los frutos de los mártires. Oyendo nuevamente los judíos los aplausos de la Iglesia, decíanse unos a otros: *Se ha oído en nuestra tierra la voz de la tórtola* (Cant., II, 12). Por eso tiene magnífica aplicación lo que acabáis de oír: *El día repite una palabra al día y la noche transmite su ciencia a la noche* (Salm. XVIII, 3). *El día a día*, el cristiano al cristiano; *la noche a la noche*, el judío al judío. Con este lenguaje daban a entender los judíos que reconocían la sabiduría de los mártires, pero no la ciencia del Verbo; es decir, no la ciencia del que es sólo bueno y sólo veraz: *Pues siendo ignorantes de la justicia de Dios, y queriéndose justificar, rechazaron la sabiduría de Dios* (Rom., X, 3).

CAPÍTULO II

Os he traido, pues, dones que yo mismo he recogido con mis propias manos, es decir, los trofeos de la Cruz, cuya virtud reconocéis en sus obras. En efecto, hasta los mismos demonios la publican. Que otros amontonen oro y plata, que lo extraigan de las venas ocultas de la tierra; que tejan guirnaldas preciosas de collares: todo eso son tesoros materiales y con frecuencia dañan a sus poseedores; nosostros recogemos con cariño los clavos del mártir, y por cierto muchos, pues hubo en su cuerpo más heridas que miembros. Al sacar los clavos diríase que gritaba el mártir al pueblo judío: *Mete tus manos en mi costado y no quieras ser incrédulo, sino fiel* (Juan, XX, 27). Recogimos también la sangre triunfal y el leño de la Cruz.

No me fué posible negar estos preciosos dones a esta santa viuda que me los pidió. Recibid, pues, estos presentes de salud que ahora encerramos dentro de los santos altares. Esta santa viuda es Juliana, la que preparo este templo al Señor y se lo ofreció, templo que hoy consagramos; en verdad que es digna de este obsequio, pues ya había antes consagrado a Dios en sus hijos templos de pureza y de virginidad. Cuando quise decir Juliana dije Judea. No fué un desliz de lengua; más bien fué una cosa premeditada, que expresó lo que quería significar, pues Judea es el alma que confiesa a Cristo, como dice el salmo: *El Señor es conocido en Judea* (Salm., LXXV, 2), es decir, donde era conocido, no donde era negado. En la Judea espiritual, porque en ella era mayor y más sincero el número de creyentes en Dios. *la salvación está -dijo Jesús- de parte de los judíos* (Juan, IV, 23). mi equivocación ha dado testimonio de la virtud de esta santa viuda.

Honremos a esta viuda, porque está escrito. *Honra a las viudas que son verdaderamente viudas* (I Tim., V, 3). aunque no ambiciona nuestros aplausos la que supo atenerse de manera tan perfecta a los mandatos del Apóstol, siéndole testimonio de su vida sus buenas obras educando e instruyendo perfectamente a sus hijos. ¿Quién no la compadeció cuando perdió a su marido y no la reputó sin apoyo y

desgraciada? Pero ella lloró en el difunto más al ministro de los sagrados altares que al esposo y al padre de sus hijos, aunque se quedaba sin la ayuda y consuelo del marido.

CAPÍTULO III

Reprimió los desahogos naturales, y viéndose rodeada de tres hijas y de un hijo, lo que suele arredrar a otras madres, a ella le infundió fortaleza y tuvo con ellos este coloquio: Hijos: habéis perdido al padre pero os queda la madre. Mejor hubiese sido este cambio: que viviese vuestro padre y que os faltase la madre. Con todo, aunque débil y desolada, os muestro, si queréis seguir mi consejo, el modo cómo creáis que el padre no ha muerto para vosotros: tenéis un padre mejor en el cielo. Es el que os deparó estos padres visibles. ¿Qué más podéis esperar? Vuestro padre fué rico en gracia, no en dinero; opulento por su ministerio, no por su patrimonio; la herencia que os lega es la fe, gran riqueza según Dios, pero pobreza a los ojos del mundo. Os dejó suficientemente ricos con tal que imitéis su vida. Sólo os legó la fe, pro indiviso para ambos sexos, que es renta de los hombres y dote de las vírgenes.

Y tú, hijo mío, más parecido al padre, reconoce lo que debes a la madre y procura conservar el buen nombre de la casa. Eres joven, pero te toca la herencia. *Hijo alégrense en ti tu padre y tu madre* (Prov., XXIII, 25). No desprecies a tu madre como si fuese ignorante. *El rey prudente es aquel a quien enseñó su madre*, dice la Escritura. ¿Qué será el hijo que guarda los consejos de Dios? ¡Oh primogénito, a ti me dirijo, hijo mío! *¿Qué será el hijo de mis entrañas? ¿Qué fruto de mis oraciones? No entregues a ninguna mujer tu honestidad* (Prov., XXXI, 1 y sigs.). Oye lo que te dice el sabio, lo que la Escritura asevera.

Considera quién te ayudó para que vinieses al mundo: eres hijo de mis deseos más que de mis dolores. Piensa además a quién te ofreció tu padre al ponerte el nombre de Lorenzo. En aquél depositamos

nuestras esperanzas cuyo nombre llevas. Conseguimos lo que pedimos; ahora tú devuelve al santo mártir lo que le debes. El te consiguió; restitúyele lo que le prometimos al imponerte su nombre.

Hijo mío, ¿qué cosa mejor vas a elegir que al Dios de tus padres? El hace a los pobres y a los ricos, a los humildes y a los potentados, levanta de la tierra al necesitado y saca del cieno al desvalido, haciéndole sentar con los magnates en el tribunal del honor y de la gloria. El cumple el deseo del que le pide, bendice la vida del justo. ¿Qué cosa más excelsa, hijo mío? ¿Y qué es la vida del hombre sobre la tierra sino la veloz carrera del atleta?. En efecto, corremos por la vida y nada vemos (Job, IX, 25). ¡Ojalá imitásemos a ese atleta: que no viésemos nada y nada llevásemos de carga inútil! Pero nos acontece algo peor: corremos en vano y vamos cargados de cosas inútiles, pues cargas inútiles y nada livianas, antes nocivas, son las obras pecaminosas. Por eso dice el santo Job: *¿No es acaso una tentación la vida del hombre sobre la tierra o su vida como la del jornalero? Y como el siervo que teme a su amo, que encontró una sobra, y como el obrero, que aguarda el jornal del día, así yo he esperado en vano y me han dado en pago malas noches. Si me llegaré a dormir, me digo: ¿Cuándo amanecerá? Y cuando me levanto: ¿Cuándo anochecerá? Mi vida es menos consistente que una pavesa. Mi vida se desvaneció sin ninguna esperanza* (Job, VII, 1 y sigs.). Nada es, pues, el hombre si no fijas, Señor, tus ojos en él y le visitas en todo tiempo y le conduces al lugar del reposo. El árbol, cuando se le corta, retoña y florece al contacto de la humedad; si muere el hombre, no queda nada y sobre él llueven los dolores.

Si queréis, hijos míos, evitar tantas calamidades, observad la virginidad, que os aconsejo pero que no os impongo. La virginidad es una virtud aconsejable, no de precepto; es cosa voluntaria y no impuesta. Lo que es gratuito no se impone; únicamente se desea: es de elección más que de imposición. Por eso dice el Apóstol: *No tengo mandato del Señor acerca de las vírgenes; doy un consejo, como quien ha conseguido misericordia del Señor* (I Cor., VII, 25). Había leído San Pablo que dijo el Señor a los continentes: *Los que*

guardaren mis mandamientos y eligieren lo que es mi voluntad y abrazaren mi ley, les sentaré en mi casa y les daré un lugar preeminente en mi ciudad, mejor sitio que el de los hijos y de las hijas; les daré un nombre eterno y no morirán (Isai., LVI, 4-5). Os daré, dice, un lugar preeminente; y se lo dice a los continentes, es decir, a los que se abstuvieren, como mutilados, de los placeres carnales. Estos, éstos son los que tienen en el cielo premios más ricos que los demás.

A éstos se refería el Hijo de Dios. Cuando le preguntaban los apóstoles: *Porque si esto ha de hacer el hombre, que no le sea lícito repudiar a su mujer sino por causa de fornicación, no conviene casarse* el Señor les respondió: *Mas no todos comprenden estas palabras, sino aquellos a quienes les ha sido otorgado* (Mat., XIX, 10-11), es decir, no lo comprende la flaqueza de la naturaleza humana, esto es claro; tan sólo es fácil de comprender para aquellos a quienes iluminó la gracia divina para que puedan abstenerse y, por este medio, conseguir el reino de los cielos.

CAPÍTULO IV

Ya habéis oído, hijos míos, los grandes premios reservados a la virginidad. Se consigue un reino y el reino de los cielos muestra la vida de los ángeles. Esto os aconsejo; no hay nada más hermoso: que seáis entre los hombres ángeles, los cuales no se ligan con matrimonio (Mat., XXII, 30). Porque las solteras y los que no toman esposa son como ángeles en la tierra, de suerte que no sientan el aguijón de la carne, desconozcan la servidumbre, se vean libres del contagio de los pensamientos mundanos y tengan fija su alma en la meditación de las cosas divinas, para que, como si estuviesen despojados de las flaquezas del cuerpo, piensen no en las cosas propias del hombre, sino en las de Dios.

Considerad, hijas mías, cuántas cosas os faltan, siendo huérfanas de padre, si queréis contraer matrimonio. Os falta rica dote, y aunque

la tuvierais copiosa compraríais, no obstante, a subido precio vuestra esclavitud. Pues, ¿quién no despreciará a las que carecen de padre? ¿En quién os ampararéis? ¡A dónde iréis a buscar apoyo contra los ultrajes de los maridos? ¡Cuántas dificultades hay en los mismos matrimonios! A veces, ¡cuántas disensiones, cuántas cadenas!

En primer lugar, el mismo matrimonio es de suyo un yugo por el que la mujer se sujeta al marido y se ve amarrada a su servicio. Es cierto que el vínculo del amor es bueno; pero no deja de ser una atadura, de la que no puede soltarse la casada cuando quiere, ni la deja tampoco en libertad de hacer lo que quiere. Finalmente, dice el apóstol: *No es la mujer la que tiene poder sobre su cuerpo, sino el varón* (1 Cor., VII, 4). ¿Y qué extraño que la mujer no le tenga, siendo así que tampoco le tiene el hombre sobre sí, sino la mujer? Si el que es más fuerte no tiene poder sobre sí mismo, !cuánto menos el sexo débil! El que esta esclavitud sea común a ambos cónyuges no desliga a la mujer, antes la sujeta más.

Sed imitadoras de tan sublime apóstol, seguid su ejemplo: él no quiso casarse para poder ser un encadenado de Jesucristo. Sin duda que no hubiese sido tan fecundo su apostolado de haberse sometido al yugo del matrimonio.

Ahora bien, si un apóstol tan eminente en ciencia, que poseía el don preciosísimo de Cristo, juzgó de mucha importancia el abstenerse del matrimonio que se quedó célibe para no verse impedido en el ejercicio de su ministerio, para poder entregarse en todo momento a la oración y al cumplimiento de los divinos preceptos, de los que seguramente le separaría en agradar a su esposa, ¡qué os convendrá elegir a vosotras, a quienes solamente la virginidad puede hacer libres? Porque la que se casa, a sí misma se entrega en servidumbre con su propia dote. Se compran en mejores condiciones los esclavos que los matrimonios: en los esclavos se compra la servidumbre, en los matrimonios se añade la dote a la servidumbre. La doncella que se vende pesa lo que el oro y vale lo que el oro.

Mucha experiencia tengo, hijos, de los deberes del matrimonio, de sus bajezas, y eso habiéndome cabido en suerte un buen esposo; mas,

con todo y ser tan bueno, no fuí libre: servía al marido y me costaba trabajo en complacerle. El Señor se apiadó de mí y le hizo ministro del altar; mas al poco tiempo nos fué arrebatado a vosotros y a mí, y bien pudo ser una bondad del Señor para que no se creyese mi marido.

Aquí tenéis, hijos míos, a una madre envejecida en los dolores y aun sin los años exigidos para la viudez. Me veis desprovista de todo apoyo y sin la virginidad. Ni tengo marido ni soy virgen. No me cuido de mí: lloro y miro por vosotros. Me quedan las cargas del matrimonio y se me fueron las ayudas. !Cuánto hubiera dado por no haberme casado!

Con todo, podéis excusar al padre y aliviar la pena de la madre si lográis conservar en vosotros lo que uno y otro hemos perdido. Esto sólo bastaría para no arrepentirnos de habernos casado: el ver que os ha sido útil nuestra solicitud. Creeré que ser madre de vírgenes es casi tanto como el haber conservado la virginidad. Hijos míos, considerad qué madre se escogió Nuestro Señor Jesucristo para venir a este mundo. Para dar la salud a los hombres vino por medio de una Virgen, y por medio del parto virginal se borró la caída de la mujer; que también vuestra virginidad borre mis yerros.

Apreciad lo que vale la virginidad. Es bien evidente que me veo privada de sostén y que necesito ayuda; pero si quisiereis permanecer en el estado en que estáis no buscaré el socorro de nadie: abundaré en riquezas con la opulencia de vuestra virginidad. ¿Quién no llamará dichosa a la que ahora tienen por desgraciada? ¿Quién no honrará a la madre de tantas vírgenes? ¿Quién no venerará la morada del pudor?"

CAPÍTULO V

A muchas mujeres mencionó la Sagrada Escritura, pero la palma de la salvación de los pueblos se otorgó sólo a las vírgenes. En el Antiguo Testamento, cerrado el paso por mar y tierra al pueblo hebreo, una virgen le condujo a pie enjuto sobre los mares (Exod.,

XV, 20). En el Evangelio vemos que una Virgen engendró al Autor y Redentor del mundo (Luc., I,27). Virgen es la Iglesia (II Corintios, XI, 2), a la que el Apóstol procuró dar a Cristo virgen y casta; virgen es también la hija de Sión (Isaí., XXXVII, 22); virgen es además la ciudad de la Jerusalén (Apoc., XXI, 27), que está en los cielos, en la que no entra nada manchado ni nada común; virgen asimismo aquella a quien Jesús llama, y a la que dijo: *Preséntate aquí desde el líbano, ven aquí del Líbano; pasarás y repasarás desde el principio de la fe* (Cant., IV, 8). No solamente pasó la virgen, sino que volvió a pasar la que corre hacia el Esposo pasa al mundo y vuelve a pasar hacia Cristo, o porque la que se consagró a Cristo, corriendo hacia las cosas celestiales, deja atrás las terrenas. Pues también el Esposo viene de esta manera a la Esposa, saltando sobre los montes y pasando por los collados (Cant., II, 8)

En loor de la virginidad, añade: *Eres huerto cerrado, hermana y Esposa mía: eres huerto cerrado, fuente sellada* (Cant., IV, 12), en el cual la virginidad, cercada con la cerradura del pudor, produzca mejores frutos: virginidad en la que permanezcan intactos los sellos de la castidad. Guardad este huerto de vuestra alma, guardad esta fuente de cristalinas aguas; que nadie la enturbie, que nadie quite el sello con que la naturaleza misma la selló. Que nadie arranque la viña de vuestra alma y siembre groseras verduras. La viña es un fruto virginal; los matrimonios, como campos de verduras, en que el hielo hace frecuentes estragos, y por eso los matrimonios, como las hojas de las plantas, se caen y se marchitan, si es que no viene la ancianidad con su templanza a amortiguar las pasiones o la continencia levante hacia la perfeción.

Que no os sorprenda Acab y se le antoje arrasar y destruir vuestra viña; que no se acerque tampoco Jezabel, aquel flujo estéril e inveterado, que esto significa su nombre; venga, por el contrario, Nabar, que llega enviado por su padre, como lo indica el significado de su nombre; que defienda su viña con su propia sangre y que por su defensa ofrezca su vida. Ese es el que fué apedreado por nosotros, por nosotros murió y por nosotros fué calumniado; siendo rico, vino

pobre a este mundo para enriquecernos con su pobreza (III Rey XII, 2 y sigs.). Cristo es la vid que con sus abundantísimos frutos de gracia llenó el mundo entero. Que Cristo arraigue en vuestras almas, para que vuestro fruto sea a su vez exuberante y, con el rocío de la gracia divina, se templen los incentivos de la carne.

Cristo es el que viene en una tenue nube, como dijo el profeta: *He aquí al Señor sentado sobre una tenue nube, y vendrá a Egipto* (Isai., XIX, 1), para significar que había de venir a Egipto, es decir, a padecer en el mundo, sobre una Virgen. Llamó nube a María, porque estaba revestida de carne, y tenue, porque era Virgen y libre de las molestias del matrimonio. Ella es la vara que produjo la flor, porque su castidad es libremente pura y consagrada a Dios y no la apartan del sendero recto los cuidados de este siglo (Nún., XVII, 8).

Por eso desde la Cruz se la entregó para sí el Señor a su dilectísimo discípulo Juan (Juan, XIX, 27), *que dijo a su padre y a su madre: No os conozco* (Deut., XXXIII, 9). Pues llamado por Cristo dejó a su padre (Mat., IV, 21), siguiendo al Verbo. A todo el que abandone a los suyos, a ése se le entrega la Virgen. A todo el que beba la ciencia en el pecho del Señor, se le entrega la Virgen; a todo aquel que deja a sus hermanos y no conoció hijos, se le entrega la Virgen. Por eso con éste reza la ley: *Dad a Leví sus hijos legítimos, dad a Leví sus suertes* (Deut., XXXIII, 8).

Por eso recibió el mismo San Juan a la Madre del Señor; de él se escribe: *Que desde aquella hora la tomó como suya* (Juan, XIX, 27). ¡Qué significa *como suya*, cuando dejó a su padre y a su madre y siguió a Cristo? ¿O *como en su casa*, cuando los apóstoles dijeron: *Hemos dejado todo y te hemos seguido?* (Mat., XIX, 27). ¿Qué cosas tenía como suyas Juan, que dejó el mundo y no tenía nada del siglo y ni él era del mundo? ¿Qué cosas tenía Juan como suyas sino las que había recibido de Cristo? !Poseedor bueno era del Verbo y de la sabiduría y buen receptor de la gracia! Ved lo que los apóstoles recibieron de Cristo: *Recibid* -dice- *el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados les serán perdonados y a quienes se los retuviereis les serán retenidos* (Juan, XX, 22, 23). De ninguna manera

se hubiera ido la Madre de Nuestro Señor Jesucristo sino con el poseedor de la gracia donde Cristo tenía su habitación.

CAPÍTULO VI

En[illegible]ad, pues, vuestros hijos legítimos al verdadero Leví. Sed nubes, pero tenues. Y lo seréis de verdad si la virginidad alivia las cargas de la naturaleza eliminina las tinieblas de esta carne de barro. Por eso dice la Esposa: *Soy negra y hermosa, !oh hijas de Jerusalen!* (Cant., I, 4): negra por la carne, hermosa por la virginidad. Nubes son, en efecto, y nubes pesadas, las que se casan; me parece que la palabra *núbiles* viene de nubes. Pues, en fin, las que se casan quedan cubiertas como las nubes cuando reciben el velo matrimonial. Y verdaderamente son nubes gruesas las que soportan el peso del matrimonio, pues se hacen pesadas al concebir.

Dad, pues, a Leví sus hijos verdaderos. ¿Qué cosa más verdadera que la virginidad no profanada, que guarda el sello del pudor y la virginidad integral? Al usar del matrimonio la virgen es desflorada, pierde lo que era suyo cuando recibe lo ajeno; es verdadero aquello con que nacemos, no en lo que nos mudamos: lo que recibimos de manos de Dios, no lo que tomamos de nuestros padres. Dad, pues, al verdadero Leví, a aquel príncipe de los sacerdotes, al verdadero Aarón, al verdadero Melquisedec, sus verdaderos hijos tal como él los formó, no cuales los hizo el trato de este mundo, para que reconozca en nosotros su obra y aquel sello con que lo selló la naturaleza, íntegro y sin violar.

Dadle y mostradle a aquel Adán, tal como fué antes del pecado; a aquella Eva, tal como era antes de que bebiese el veneno obsceno de la serpiente, antes que ambos fuesen vencidos por sus insidiosas palabras, antes de tener motivos para avergonzarse. Pues aun ahora, aunque el matrimonio sea bueno, hay en los cónyuges algo que les causa sonrojo. Sed, hijos míos, cuales fueron Adán y Eva en el paraíso (Gén., IV, 2). De ellos está escrito que después que Adán fué

arrojado de allí conoció a su mujer y ésta concebió y dió a luz un hijo, al que llamó Caín, y nuevamente concebió y tuvo otro hijo, al que puso por nombre Abril; y fué mejor el segundo que el primero, porque Abel era sin mancha y Caín manchado; Abel, unido a Dios y todo él don de Dios; Caín, posesión terrena y mundana. Finalmente, en Abel está anunciada la redención del mundo; en Caín, el parricidio del demonio. No os preocupéis, hijos míos, de la posesión del siglo ni penséis que son dignas de apetecer las suertes de la tierra ni las porciones de la Judea.

En efecto, leemos que Moisés, es decir, la ley, mandó que las tierras conquistadas en la guerra o en las matanzas de enemigos se distribuyesen echando suerte entre el pueblo hebreo (Números, XXVI, 53), cuya posesión habían solicitado las hijas de Salfaad como hijas de Salfaad (Números, XXVII, 1 y sigs.). No obstante esta orden, Moisés no dividió tierra para los levitas (Deuteronomio, XVIII, 1 y sigs.), porque su morada no era terrena, sino más excelsa; pero a éstos, sin trabajo manual, les asignó, los emolumentos de su ministerio. ¿Qué son las hijas de Salfaad, que solicitan la tierra, sino como nos lo enseña la interpretación de su nombre, la sombra de su boca? Efectivamente, sombra hay en aquellas de quienes se dice: *No sale una palabra buena de su boca ni verdad en su conversación* (Salm., V, 10), como sucedió en el pueblo de los judíos, que no quisieron reconocer a Jesucristo Dios, Hijo de Dios. Estos son los que buscan la tierra y piden su posesión, en la cual sudan durante su vida y en vez de frutos recogen espinas de cuidados y preocupaciones.

Huid, hijas, de la sombra de la boca, vosotras que creéis en la luz eterna, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, las que no confesáis a Cristo como en la sombra, sino a la luz del día. *Al pueblo que estaba sentado en la sombra le nació la luz* (Isai., IX, 2). Estuvimos, pues, a la sombra; pero ya no lo estamos los que confesamos a Cristo !Ojalá me fuese también a mí dado el poder de decir: los que profesamos a Cristo, los que estamos consagrados a Cristo! Sin embargo, consagramos a Cristo, yo la viudez y vosotras la virginidad. Obra en nosotros la confesión de la fe nuestra salvación.

Dad, pues, a Aquel que es nuestra salvación sus suertes: su suerte es levítica, su suerte es la virginidad, su suerte es la viudez; porque no sólo la virgen, sino también la mujer soltera, piensan en las cosas que pertenecen al Señor. Por eso dijo el Apóstol: *En El y en su suerte hemos sido constituídos* (Efes., I, 11). También en el Antiguo Testamento se dice que fué dividida la tierra en suertes (Josué, XVIII, 10); a su vez, Jesucristo nos asigna en el Evangelio una suerte. Por lo que dijo el Evangelista: *Dividieron mis vestidos y echaron suertes sobre mi túnica* (Juan, XIX, 24). Cuando se trató de elegir el duodécimo apóstol en lugar de Judas, juzgaron oportuno los apóstoles que se debía echar a suertes el cargo para el apostolado. Y así, hecha oración para que el Señor eligiese entre los dos propuestos, cayó la suerte sobre Matías (Act., I, 26). el sorteo del Antiguo Testamento fué de tierras; el del Nuevo, espiritual. En aquél se ventilaba el dominio del mundo material; en éste, la de un oficio; allí, la división de cuidados; aquí, la división de las gracias; allí se habla de la posesión de campos de trabajo y tristeza; aquí, de la posesión de Cristo. Por eso dice el santo profeta David: *Poseíste mis riñones* (Sal., CXXXVIII, 13). Hijos míos, que Cristo posea vuestros riñones para que en ellos permanezcan los gérmenes de la castidad; los incentivos de las virtudes. Por eso, consagraos a Cristo y confesadle para que podáis decir: *Mi porción es el Señor* (Salm., CXVIII, 5). No puede decir esto la casada, sino la que no lo está, pues la casada procura agradar a su marido, la otra a Cristo; aquélla es posesión del mundo; ésta, de Cristo.

Es posesión de Cristo el diácono, que no pleitea por nada terreno. El que busca esposa no puede decir: *Mi porción es el Señor.* ¿Y qué dice el ministro de Cristo? *No tengo oro ni plata; pero lo que tengo te doy: en nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda* (Act., III, 6). Esto es lo que había recibido, pues no deseaba oro. Finalmente, había sido enviado sin bastón, sin alforja, sin dinero (Luca, IX, 3). Y por eso se vanagloriaba de que no tenía lo que no le habían dado; no se avergonzaba de su pobreza aquel a quien había redimido un pobre. Y por eso dijo: *Levántate y anda*, porque había leído: *Este pobre clamó y el Señor le escuchó* (Salm., XXXIII, 7).

CAPÍTULO VIII

Sea nuestra porción el Señor, que hace a la mujer estéril y a la fecunda. A una y otra hace; la una da a luz con tristeza, la otra se alegra en su esterilidad. *Alégrate, estéril, que no engendras; regocíjate y grita la que no das hijos* (Isaí., IV, 15). Esta Virgen tiene también hijos, pero sin los dolores del parto. Por eso se escribe de la Iglesia: *¿quién oyó tal novedad que diese a luz la tierra en un solo día y de ese parto naciese un pueblo entero a un mismo tiempo?* (Isaí., LXVI, 8). Mas la tierra no da a luz en un solo día, pero sí la gracia. Llegó el día de Pascua, y en todo el mundo se confiere el sacramento del Bautismo y son veladas las vírgenes. Pues bien, en un solo día y sin dolor suele la Iglesia dar a luz a muchos hijos y a muchas hijas. Por eso, muy oportunadamente se dice: *Y un pueblo le nació al mismo tiempo*, refiriéndose a un pueblo consagrado a Cristo.

Veis los misterios, veis la gracia de Jesucristo, la del Espíritu Santo, que se reparte como a suertes porque no se da en atención a las obras, sino que justifica a todos en el Señor. Lo mismo que el tener suerte no depende de nosotros, sino de la casualidad, del mismo modo no se otorga la gracia del Señor como mérito, sino por la libre voluntad de Dios. Por eso dice el Apóstol, hablando de la distribución de los carismas, que se reparten de diversa manera entre los siervos de Dios. *Todo esto lo obra un solo y mismo Espíritu, dándoles a cada uno como quiere. Como quiere*, dice, no como si lo debiese (I Cor., XII, 11). Finalmente, el Señor dice a los que le pedían mayor jornal por su trabajo, quejándose de recibir idéntica paga a la de aquellos que habían venido al tajo más tarde: *Si yo soy bueno, ¿tu ojo por qué es malo?* (Mateo, XX, 15).

Entregar, hijos, vuestras suertes a Aquel que acostumbra a remunerar a los suyos más de lo que vale su trabajo. *Dad al Varón santo sus hijos legítimos* (Deut., XXXIII, 8), es decir, dadle la viriginidad intacta, pues aquel tiene virginidad que se conserva casto. La virginidad es, en efecto, la verdad; la prostitución es la mentira. Permanezca unida la virginidad a vuestro corazón, como los sarmientos a la cepa.

Muchas son las tentaciones; por eso dice la Escritura: *Tentáronle con tentación y le maldijeron en las aguas de la contradicción de Cades* (Deut., XXXI, 51). Sufre tentación la castidad por muchos solicitadores, y cuando la virgen quisiere resistir, hay quienes la contradigan. La contradice el solicitante, y el que ha sido rechazado la maldice. Son tenidas en deshonor la soltera, la virgen y la viuda. Cades representa a la soltera que es santa en cuerpo y alma, que se consagró a Dios, que dejó a sus padres y no hace la voluntad de aquellos que suelen decir: Hija, nos debes nietos; Cades es la que no tiene hijos. Pues bien, la virgen prefiere el oprobio de Cristo a las riquezas del mundo, que es lo que debe estar dispuesto a sufrir el que quiere agradar a Cristo, ¡cuánto más vosotros, a quienes vuestro padre os alienta con su ejemplo a abrazar la virginidad y vuestra madre os exhorta a seguir lo que os conviene!.

Gran bien es la virginidad, pues el Apóstol dice: *El que juzgó en su corazón conservar a su hija virgen, obra bien. Obra bien el que la da en matrimonio; pero el que no casa a su hija virgen, obra mejor* (I Cor., VII, 37-38). Aquél obra bien, a causa del lazo del enemigo; pero éste obra mejor, por las excelencias de la virginidad. Aquél se casa para remedio de la concupiscencia; éste, por conseguir el premio. *Más feliz será el que permaneciere libre según mi consejo; creo que también tengo el Espíritu de Dios* (I Cor., VII, 40). Seguid, pues, hijos míos, el consejo del Apóstol, el don del Espíritu Santo. Tomad también vosotros el atabal en vuestras manos, como lo tomó María, la hermana de Moisés y Aarón, y salid entonando: *Cantemos al Señor, pues se ha llenado de gloria: al caballo y al caballero arrojó al mar* (Exod., XV, 20). Disciplinad vuestros miembros como se golpea el tambor, para que en vuestro cuerpo no llamee la lascivia de la carne y que muera todo lo que huela a sensualidad. Que en vuestros miembros no se oiga más voz que la del espíritu, que canta sobre los cadáveres de las pasiones muertas; pues si estuviereis muertos al pecado, viviríais para Dios, y viviréis si no reinare en vuestro cuerpo muerto ninguna concupiscencia.

Revolved con cariño entre vuestras manos la Cruz de Cristo Nuestro Señor y, levantándola con vuestras obras, pisad firmes sobre

el profundo mar de este mundo y pasad delante. Que el enemigo, relinchando como caballo en celos, no os avasalle, y el que os quisiere prender persiguiéndoos, que se ahogue. Que vuestros brazos, defendiéndoos a diestra y a siniestra, sean como el muro de agua que temple los ardores de la carne, hasta tanto que la divina bondad os lleve a aquellas doce fuentes celestiales y a aquellas setenta palmeras, a aquel descanso del gran sábado de Gloria, y os trasplante a aquel monte de su herencia, donde la Virgen María dirige los coros de los bienaventurados.

Revestíos, hijos míos, de Jesucristo; buscad la verdadera sabiduría, de la que dice Job: *¿Dónde se encuentra la sabiduría y cuál es el lugar donde se aprende?... El abismo dijo: No está dentro de mí. El mar dijo: No está conmigo* (Job, XXVIII, 12 y sigs.). Llevaba razón el abismo cuando dijo: *No está dentro de mí*, porque resucitó, pues no podía tener al que no pudo retener. En fin, en el Evangelio se dice que dijeron los ángeles a las mujeres que iban al sepulcro: *¿Buscáis a Jesucristo crucificado? No está aquí, porque ha resucitado* (Mat., XXVIII, 5-6). ¿Qué quiere decir *No está aquí* sino que no está en el sepulcro ni en los infiernos, mas está en los cielos? El mar también, es decir, este siglo, este mundo, dicen: *No está con nosotros*, porque está sobre el mundo Aquel a quien no cambiaron ni la caída ni la concupiscencia, *pues ni cometió pecado, ni se halló mentira en su boca* (I Ped., II, 22). Asi, pues, el abismo dijo: *No está en mí.* Y el mar: *No está conmigo.* Pero no dijo el cielo *No está dentro de mí* al que había recibido resucitado. Tampoco dijo el paraíso *No está en mí* al que conocía que reinaba en él junto con el ladrón absuelto, como el mismo Señor afirmó: *Hoy estarás conmigo en el paraíso* (Lucas, XXIII, 43).

Atesorad la sabiduría en los senos de vuestro corazón, porque es más preciosa que el oro y que la plata y, además, no perece; porque no te alabarán, Señor, los muertos, sino los vivos. También vosotros, para que viváis, alabad al Señor, y alabadle día y noche (Salm., CXIII, 17-18). Y le alabaréis si no deseáis el matrimonio ni os mezcláis en los cuidados seculares, pues los qûe se casan se ven solicitados por los negocios de este mundo.

CAPÍTULO VIII

Reflexionad, hijos, a qué os obligan las promesas de vuestros padres. Prometimos al Señor. La voluntad de los padres es un voto. Nosotros rogamos, vosotros debéis cumplir. Cuánta fuerza encierran los votos paternos os lo debe enseñar la hija del Jefte de Galaad, la cual, para no frustrar lo prometido por su padre, ella misma se ofreció a la muerte. Temeroso el padre del resultado de la batalla en que estaba empeñado, hizo voto que de ganarla inmolaría a Dios lo primero que hallase al volver a casa. Conseguida la victoria, le salió al encuentro la hija, alegre sobre todo por la victoria y por el amor filial. El padre lloró, no tanto por el cariño de padre cuanto por el recuerdo de la promesa. La hija averiguó la causa del llanto y el padre le explicó lo prometido. Ella, entonces, le exhortó a que lo cumpliese, y de esta manera satisfizo con su sangre el voto impremeditado del padre (Juec., XI, 31 y sigs.). Esto os concierne a todos. Mas tú, hijo mío, que me ha otorgado el verdadero Helcana, que quiere decir "la posesión dada por Dios"; tú, mi petición, mi deseo, que esto significa *Samuel*; tú, hijo de mis deseos, hijo de mis votos, que ignoro cómo viniste a mi seno (pues viniste cuando ya desesperaba tener un hijo varón), al que formaron mis súplicas, más que ninguna otra causa natural; tú, hijo mío, reconoce por medio de quién me has sido otorgado. El es el que formó tus huesos, el que fué delineando tus miembros, el que oyó mis ruegos, a cuyo templo y servicio te consagré antes que nacieses. No naciste ni para tus padres ni para ti: naciste para Dios, por El comenzaste a ser antes que salieses del vientre de tu madre. Es cierto que todos somos de Dios; pero tú especialmente estás consagrado a El, te debes entregar a su servicio, porque está escrito: *Haced votos al Señor vuestro Dios y cumplidlos* (Salm., LXXXV, 12). Soy miserable, soy indigna y, con todo, como Ana prometí que no te apartarías ni de día ni de noche, durante tu vida, de la presencia de Dios; yo lo prometí, tú cúmplelo. El Señor te aceptará para Sí como ofrenda".

Esto y mucho más dijo la piadosa madre, la cual, cuando vió que la resolución de todos era idéntica, llevando al hijo amamantado a sus

pechos ante los sagrados altares, reanudó su oración y dijo: "*He tomado confianza en el Señor y se han robustecido mis fuerzas en mi Dios, porque ninguno otro hay santo como el Señor, y no hay justo como Dios Nuestro Señor, y no hay santo fuera de ti*" (I Rey., II, 1-2). Esto dijo la madre a sus hijos, la cual llevó a casa juntamente los títulos de la viudez en sí misma y en sus hijos los de la virginidad, como si fuesen títulos de nobleza. Y, en efecto, noble es esta mujer, que no se reservó nada para sí, antes todo cuanto poseyó se lo ofreció al Señor. Su vida es un magisterio que enseña; sus ansias de virginidad, un modelo; sus enseñanzas, una verdadera escuela. El ejemplo de viudez y de virginidad es una lección elocuente.

Va a la iglesia acompañada de sus hijas vírgenes, introduciendo en ese lugar el honor de su casa, y allí se encuentra con algo que puede llamar suyo, al hijo que canta las divinas alabanzas, y las hermanas se imaginan que aprende en casa al oír a su hermano. La madre, a su vez, se alegra, a imitación de la Santísima Virgen, de aprovechar de su hijo, y, como Ella, guarda todas las palabras del que lee y las rumia en su corazón con piadoso afecto.

CAPÍTULO IX

Aunque nada falte a las exhortaciones de vuestra madre, quiero, hijos míos, añadir unas palabras. Id en pos de Jesucristo Nuestro señor, que nos manda buscar su reino. *Y todo* -dice- *os sobrará* (Mat., VI, 33). Pero quiero antes proponeros el mérito para que podáis después exigir la recompensa. Buen galardón, pero más divino es el dispensador y el autor de la merced. En el cielo se guarda la recompensa y en Cristo está el poder de recompensar. Buscadla en las Sagradas Escrituras, donde Cristo se halla, y decid lo que decía la Esposa: *Muéstrame al que amó mi alma* (Cantares, I, 6). La Sinagoga también buscaba al que había perdido, pero vosotros buscad al que nunca perdáis. Pero, ¿por qué dices tú, Sinagoga, *al que amé* y no dices *al que amo*? Por eso, porque no le tienes, dices que le amaste. ¿Por qué no le amas ahora para que puedas poseerle?.

Mas dejemos a la Sinagoga. Cuando tú, virgen, comenzares a buscar a Cristo se te hace presente, pues no es posible que abandone a los que le buscan Aquel que se hizo encontradizo con los que no le buscaban y fué hallado por los que no preguntan por El (Is., LXV, 1). Cuando de El hablas o en El piensas, en seguida llega. Aprende a preguntarle, cuando viniere: *¿Dónde apacientas, dónde sesteas?*, como le dice la Esposa: *¿Dónde apacientas, dónde sesteas al mediodía?* (Cant., I, 6). ¿Dónde ha de morar Cristo sino donde resplandece el mediodía de la justicia? Y esto lo confirma la Sagrada Escritura con su testimonio cuando dice: *Puso en el sol su sede* (Salm., XXVIII, 6). Por lo cual añade el profeta en otro lugar: *En tu luz veremos la luz* (Salm., XXXV, 10). Es luz el Hijo y es luz el Padre, que se mira en el Hijo porque el Hijo *es el resplandor de la gloria del Padre e imagen de su sustancia* (Heb., I, 3).

Virgen: tú también busca a Cristo en tu misma luz, en tus buenos pensamientos, en tus buenas obras; que luzcan en presencia de tu Padre, que está en los cielos. Búscale durante las noches, búscale en tu lecho, porque también llega de noche y llama a tu puerta. Quiere, en efecto, que veles en todos los momentos; quiere encontrar abierta la puerta de tu alma. Hay otra puerta, que quiere también que esté de par en par; que se abra y cante tu boca la alabanza del Señor, la gracia del Esposo y la confesión de la Cruz: esto lo haces al recitar el credo y al entonar salmos en tu lecho. Cuando viniere, que te encuentre despierta para que estés preparada. Duerma tu cuerpo, pero vigile tu fe; duerman los incentivos de la carne, esté alerta la prudencia del corazón, huelan tus miembros a Cruz de Cristo, a olor de sepulcro, para que el calor del sueño no excite en ellos los movimientos lascivos. Esa misma es el alma que se abre a sí misma a Cristo, la que no es molestada por los humores de la carne.

Cuando viere todo esto el Esposo, pasará de largo; sígale tu alma, salga de su lecho, vaya en pos de su palabra, como está escrito: *Salió mi alma en seguimiento de tu palabra* (Cant., V, 6), es decir, que salga del cuerpo para presentarse ante Dios, pues mientras vive anda peregrinando lejos de Cristo. Por lo que dice el Apóstol: *Así, pues,*

nos esforzamos y procuramos más y más salir del cuerpo, a fin de gozar, de la presencia del Señor. Por esta razón, todo nuestro conato consiste en hacernos agradables al Señor, ora habitemos en el cuerpo, ora salgamos de él. Todos, en efecto, tendremos que comparecer ante el Tribunal de Cristo, para que cada uno reciba el pago debido a las buenas o malas acciones que habrá hecho mientras ha estado revestido del cuerpo (II Cor., V, 8 y sigs.) ¡Qué pronto se percató de la causa por la cual el cuerpo ha de resucitar! Es necesario que la carne resucite, ya que tiene que recibir la recompensa de sus actos, para que recibamos en nuestro cuerpo el fruto de lo ejecutado en él mismo.

Quiere el Señor que le busquemos con frecuencia. Se va, corre para excitar la gracia, que quiere también resucitar en ti por ti, como hallamos escrito a Timoteo: *Por lo cual te amonesto que resucites la gracia de Dios, que está en ti por la imposición de mis manos* (II Tim., I, 6). El alma que resucita la gracia es herida por el amor, como dice ella misma: *Porque yo soy herida por el amor con tal que levantéis y despertéis la caridad* (Cant., V, 8). Podremos entender lo que esto significa si recordamos que Nuestro Señor Jesucristo es una saeta, a quien dice el Padre: *Te he puesto como una saeta escogida* (Is., XliX, 2). Y como Él es amor, hay también heridas de amor, con las cuales hiere a los que le buscan, y finalmente le siguen atadas con ligaduras, porque a los que hiere les venda. Por tanto, hay lazos de amor, con los cuales fué atado Pablo, que dice: *Pablo, preso de Jesucristo* (File., 1); que haya lazos de amor lo dice Job, el más fino amante de Cristo, ya que le amaba también en los dolores de su cuerpo, por lo cual decía: *las saetas del Señor están clavadas en mi carne, cuyo furor me absorbe la sangre; cuando comienzo a hablar, me punzan* (Job, VI, 4). Hay heridas de amor y heridas buenas. Heridas del amigo, y, al fin, *mejores que los besos voluntarios del enemigo* (Prov., XXVII, 6). También Jeremías ardía, y el fuego del amor en que se inflamaba, por cumplir con su oficio de profeta, no lo podía soportar (Jer., XX, 9). Finalmente, era sumergido en un pozo (Jer., XXXVIII, 6), porque anunciaba a los judíos la futura ruina de su

pueblo y no podía callar. Era apedreado San Esteban (Ac., VII, 58), y recibía con amor aquellas heridas por Cristo, como heridas de la caridad. Azotaban a los apóstoles, y ellos se alegraban (Ac., V, 40). ¡Qué bueno es el Señor, por quien resultan dulces las mismas injurias y agradable la muerte! ¡Y verdaderamente es grata la que nos conquista la inmortalidad!

CAPÍTULO X

Que en todo tiempo -dice el Eclesiástico- *estén blancos tus vestidos* (Ecles., IX, 8). ¿Qué cosa más blanca que la castidad? ¿Qué más blanca que la vestidura intacta del pudor? Buena es la castidad matrimonial y la de la viudez: toda pureza es limpia; pero tal vez no toda castidad sea blanca o, al menos, no lo sea en todo tiempo (I Cor., VII, 4-5). No es blanca cuando no se tiene dominio sobre su propio cuerpo, cuando a tiempos está secuestrada la oración. Con toda razón se ha dicho de la virginidad: *Que en todo tiempo estén blancos tus vestidos y haya aceite en tu cabeza* (Eclesiastes, IX,·8), para que siempre puedan arder tus lámparas y no se apaguen cuando esté para llegar el Esposo celestial (Mat., XXV, 6 y sigs.).

Por qué dijo el Eclesiastes haya aceite en tu cabeza, lo colegimos por lo que leemos en los Proverbios, porque dice: *Los ojos del hombre en su cabeza* (Prov., II, 14), es decir, los sentidos de tu sabiduría en tu cabeza. Por eso tal vez es también alabada María Magdalena, que secó los pies del Señor con sus cabellos (Luc., VII, 38 y sigs.), porque se humilló con la fe para no parecer que se enorgullecía con la sabiduría de la carne, sabiduría que según San Pablo, el verdadero intérprete del sentido oculto de la Escritua, no estaba sujeta a la ley, porque lo estaba a Jesucristo.

Puede muy bien entenderse también este pasaje en sentido corporal, pues las hijas de Sión, según el profeta Isaías, son reprendidas porque llevan la frente erguida, haciendo guiños con los ojos, arrastrando con sus pies sus ampulosos vestidos, taconeando al

andar (Isaí., III, 16 y sigs.), por lo cual dice el Señor que El mismo les arrebatará sus vestidos fastuosos, sus adornos y las ondulaciones de sus cabelleras; con razón la Magdalena soltó sus cabellos (Luc., VII, 38), para que las enseñanzas evangélicas desatasen las trenzas de sus rizos. Por eso dijeron los apóstoles: *Que su adorno no sea puramente extrínseco con los rizos del cabello, ni con dijes de oro, ni galas de vestidos* (I Ped., III, 3). Como enseñó San Pedro o como dijo San Pablo: *Quiero que las mujeres oren también en traje decente, ataviándose con recato y modestia y no con los cabellos rizados, ni con oro, ni con perlas y costosos adornos* (I Tim., II, 9), Ha de buscarse en las mujeres, con preferencia, al ornato del hombre interior, porque el hombre oculto en lo íntimo de su corazón aparece pobre a los ojos del mundo, pero rico a los de Dios. Habéis oído, hijos míos, vosotros que os creéis pobres. ¿Quién es rico, faltándole tantas cosas, sino aquel que no siente gravada su conciencia con pecado mortal? *Buena es* -dice- *la riqueza para quien no tiene pecado en su conciencia* (Ecles., XIII, 30). Habéis oído cómo podéis ser ricos ante Dios; os lo dice San Pedro: *si sois castos y modestos* (I Pedr., III, 4). Son buenas las riquezas de la inocencia y de la sencillez, en las cuales no se halla pecado ni la malicia de la doblez y del engaño: el que es sencillo no sabe murmurar ni envidiar; está contento con lo suyo, no busca lo ajeno; aunque esté necesitado, se siente feliz y rico con tal de tener lo necesario para su sustento. Por eso dijo San Pablo: *Y en su extrema pobreza abundará en riquezas espirituales* (II Corintios, VIII, 2).

Y como la Iglesia estaba adornada con las preseas que le convenían y brillaba con el resplandor de Cristo, puede también tomarse en este sentido este pasaje, en el cual dice la Sinagoga a la Iglesia: *¿Dónde apacientas, dónde sesteas al mediodía? No sea que me vea envuelta entre los rebaños de tus compañeros* (Cant., I, 6). Desea ser mercenaria la que antes se arrogaba el mando. ¡Qué perjudicial es la perfidia!.

Mas porque es incrédula, sin piedad, sacrílega, separa Cristo a la Sinagoga de la grey de su Iglesia cuando dice: *Si no te conoces, ¡oh*

hermosa entre las mujeres! (Cant., I, 7), es decir, primero debes conocerte a ti quién eres y después pídeme que te agregue a mis rebaños. Y convenientemente se llama a la Sinagoga hermosa entre las mujeres, no entre las vírgenes, pues seguía a la mujer Eva, por la cual vino la caída; mas la Iglesia es hermosa entre las vírgenes porque es virgen sin mancha.

Pues bien, tanto el hombre como la mujer deben reconocer que son imagen y semejanza de Dios para que busquen la hermosura del alma y no la del cuerpo. ¿Qué somos? Seres espirituales e inteligentes. He aquí la parte más principal de nuestro ser. Al fin dice David: *Esperaré en el Señor: no temeré lo que me pueda hacer la carne* (Sal., LV, 5). Así, pues, no somos carne, sino espíritu. De los judíos se dijo: *No permanecerá en ellos mi espíritu, porque son carne* (Gén., VI, 3). No somos ni del oro, ni del dinero, ni de los montones de riquezas: son ellas las que nos pertenecen. Por eso te dice Moisés: *Mírate a ti* (Deut., XV, 9), es decir, a tu alma, no sea que perezcas, que te hagas carnal. *Mírate a ti*, o sea, a la imagen que recibiste de Cristo, a la semejanza a que has sido hecho. Guarda esa imagen que Cristo pintó en ti con sus obras, como El mismo dice a Jerusalén, es decir, al alma pacífica: *Jerusalén, yo mismo pinté tus muros* (Is., XliX, 16).

Y tú, hijo, tú principalmente, mírate a ti para que te alegres en tu juventud; a ti te dice la Escritura Sagrada: *Regocíjate, joven, en tu juventud* (Ecles., XI, 9). No quiere decirte que éste sea el único tiempo de tu vida. La juventud es como la flor de la vida y la edad de las buenas obras, de la cual se dice: *Se renovará tu juventud como la del águila* (Sal., CII, 5). *Y te recocije* -dice- *tu corazón en los días de tu juventud, y ande por los caminos de tu corazón sin mancha, y bajo la mirada de tus ojos y no en la altanería de tu mirar* (Ecle., XI, 9), en las miradas espiritulaes, no en las miradas mundanas. *Y sábete que además de esto te ha de llamar Dios a juicio. Y arroja de tu corazón la ira y aparta la maldad de tu cuerpo* (Ecl., XII, 14).

Y tú también, virgen, mírate a ti y date a la oración, y que tu rostro palidezca en la continua meditación. Pero prepara tu alma antes de orar (Ecl., XXVIII, 23), para que no parezca tientas a Dios cuando

oras; que lo que pides lo expresen tus costumbres, tu fe lo ayude y lo recomienden tus actos. *Mírate a ti*; lo que te digo a ti se lo recomiendo a todas las vírgenes, pues al fin a ti no te falta una piadosa maestra.

Ante todo, ¡oh virgen!, considera tu sagrada profesión. *Sé muy cauta en evitar las miradas procaces del galán y no te fíes de que él no se fije en ti, pues, como viajero sediento, se arrojará sobre la fuente y beberá de cualquier agua que tenga a mano, para embriagarte a ti con su lascivia* (Eclesiastes, XVI, 14-15). No salgas de casa sin la compañía de tu madre: que sea guardiana solícita de tu castidad. Ni aun se permita a las jovencitas frecuentar las iglesias. Considera cuán grande fué María Santísima, y, sin embargo, no se le encuentra en otro lugar sino en su recámara cuando se le busca (Luc., I, 28). Ve al ángel en forma humana, y temía, y apartaba la vista de él. Por lo cual le dijo el ángel: *"No temas, María.* La soledad enseña el recato y el lugar escondido es la escuela del pudor. Pues, ¿qué necesidad tienes de ir aun a la casa de tu vecina? *El pie del fatuo es fácil en ir a casa del prójimo; el que es prudente siente en esto vergüenza* (Ecl., XXi, 25). De ahí provienen los cuentos, de los cuales, con mucha razón, te aconseja el sabio que te apartes. *¿Quién me enseñará a regular mis actos y mis palabras para no pecar en ellos y no me pierda mi lengua?* (Ecl., XXII, 33). Si se manda que el varón calle en presencia de los ancianos (Ecl., XI, 8), ¡cuánto más indecoroso es que hablen las vírgenes y se mezclen en toda clase de conversaciones!.

Supongamos que tú te calles. ¿Podrás, por ventura, imponer silencio a los otros para no oírles? Podrá alguno, en ciertas ocasiones, refrenar su lengua y pesar sus palabras, pero eso no podrá hacerlo con los oídos. El hablar depende de nosotros; el oír, de la voluntad ajena: con frecuencia oímos lo que no queremos.

CAPÍTULO XI

Veamos ahora qué más nos recomienda la Sagrada Escritura. No se ha de jurar fácilmente (Eclesiastes, XXIII, 9), porque se presentan a veces casos en los que no podremos cumplir lo jurado. Pues el que no jura, tampoco perjura; mas el que jura es casi seguro que alguna vez sea perjuro, porque *todo hombre es mentiroso* (Salm., CXV, 11). Así que no jures, no sea que comiences a jurar en falso.

Tampoco cae bien la risa descomedida. Las que no tengan por qué llorar, lloren por el mundo, lloren las caídas de los pecadores, porque la que llorare las faltas ajenas será solícita en precaver las propias. Lloren, finalmente, al menos por esta consideración que los que aquí lloran allí serán consolados; no sea que como el rico del Evangelio, que pasó la vida lujuriosamente, tengas que oír: *Has recibido bienes en tu vida* (Luc., XVI, 25 y sigs.). ¡Cuánto más feliz fué Lázaro, que lloró aquí y allí rebosa la alegría: aquí tuvo hambre y allí banquetea! Si quieres tú también conseguir la buena alegría, te lo enseña el libro del Eclesiastés, que dice: *Ven; come con gozo tu pan, porque tus obras ya agradaron al Señor* (Ecl., IX, 7).

Meditemos lo que acerca de la risa descompasada nos dice a todos el Eclesiastes: *Como el chisporroteo de las espinas bajo la olla, así es la risa de los tontos* (Ecl., VII, 7), pues cuando arden las espinas hacen ruido y al punto se queman y no dan calor. Por eso se dijo de los judíos: *Ardieron como el fuego en las espinas* (Sal., CXVII, 12), encendidos en su risa. Estaban ardiendo durante la Pasión del Señor, cuando se chanceaban en medio del fuego de su alma diciendo: *Esperó en el Señor que le salve; líbrele ya, puesto que le ama* (Salmos, XXI, 9). Y riéndose le golpeaban la cabeza, y le coronaban de espinas, y le ofrecían a beber vinagre; esa risa sigue abrasando siempre a la Sinagoga (Marc., XV, 17 y sigs.). Hay, pues, risa de necios, que resuena sin gracia y quema la olla de su cuerpo. Por eso negaba Sara haberse reído (Gén., XVIII, 15), para no dar a entender que había dudado con su risa de la realización de las divinas promesas, y , no obstante, aquella risa había sido una risa llena de

gravedad y de pudor puesto que no tuvo otro testigo más que Dios, a quien nada queda oculto.

¡Qué hermoso es este pasaje! *No te irrites fácilmente, porque la ira descansa en el regazo de los necios* (Ecl., VII, 10); es decir: si hay motivo para indignarse, que la venganza no sea rápida, no sea que se encienda el fuego inmoderado de la indignación. No puede, en efecto, el alma evitar los movimientos naturales; pero deje tiempo para que la reflexión temple la cólera. Por eso dijo antes David: *Airaos, más no pequéis* (Salmos, IV, 5); no lo dice como quien manda con imperio a la cólera, que no puede impedir porque es algo natural, sino como un buen médico nos proporciona la medicina para que la ira no nos sea nociva.

Finalmente, si alguno cayó en su interior en la ira, ya que a veces no sea fácil contenerla, se le aconseja que llore en su lecho y que repare su falta. Pues está escrito: *Lo que decís en vuestro corazón, llevadlo en vuestros hechos* (Salm., IV, 5). En estas palabras quiso indicar el profeta que todos los hombres han de ser censores de sus propias faltas, de suerte que, no viéndose acusados por los demás, ellos mismos se juzguen en el fuero interno, se avergüencen y se repriman con el aguijón del arrepentimiento y el pudor.

CAPÍTULO XII

¿Y qué diré de la templanza, cuando el sabio escribe. *Aparta de mí el apetito de la gula y que la compañía de la concupiscencia no me arrastre?* (Ecl., XXIII, 6). Pero no temas demasiado a la abstinencia y al ayuno, pues hacen sobria al alma. ¡Con qué encarecimiento recomiendan los proverbios de Salomón el esmero que ha de ponerse en la guarda de la fama, cuando dice: *Mejor es el buen hombre que muchas riquezas;* (Prover., XXII, 1). ¿Qué es, en efecto, el patrimonio sino la buena administración de los bienes y su buen empleo? Por eso dijo el santo Job: *Venga sobre mí la bendición del que va a morir y que también me bendiga la boca de la viuda. Yo era el ojo de los*

ciegos, y el pie de los cojos, y el padre de los desvalidos (Job, XXIXX, 13 y sigs.). *¿Cuándo ví pasar delante de mí al harapiento que no lo vistiese; cuándo me pidieron los pobres que no les calentase sus espaldas con los vellones de mis ovejas; hubo alguna vez que ocultara mi pecado, aun el que sin advertencia e involuntariamente hubiese cometido, ni cuándo permití que saliese de mi casa con las manos vacías el necesitado?* (Job, XXXI, 19). Con estas obras de misericordia se crea un buen nombre.

Sin embargo,, entre todas las preocupaciones de la virgen, la principal ha de ser la sobriedad. Al decir sobriedad no hablo de la abstinencia del vino, sino de la deshonestidad corporal y de la soberbia mundana, con las cuales nos embriagamos con una borrachera más perjudicial que la del vino: son las que nos brindan el cáliz de las caídas y la copa de la ira. Por lo cual dice también el Señor: *Escucha, degradada y borracha, y no con vino: he aquí que he recibido de tu mano el cáliz de tu caída y la copa de la ira* (Is., LI, 17). Mas este cáliz, que escanció la Sinagoga, que no lo beban las hijas de la Iglesia. Pues de los judíos se escribó: *Sus hijas están muy peripuestas y adornadas a manera de un templo* (Sal., CXliii, 12). Pero vosotras sois templos de Dios, sois hijas de Aquel que no se transfigura en ángel de luz, sino que es luz verdadera que procede de la luz verdadera; por eso, que no haya en vosotras semejanza de templo, sino verdad. Porque hay muchas que, aunque profesan estado de castidad, hacen ostentación de algunas vanidades de hermosura, como salir muy aliñadas y con un rostro más acicalado que el que conviene a vírgenes consagradas a Dios, a las cuales aplico yo aquellas palabras del Apóstol: *Las que estáis muertas con Cristo a las máximas de este mundo, ¿por qué, como si todavía estuvierais vivas, juzgáis de este mundo? No toquéis ni os manchéis con su contacto ni gustéis las cosas que de suyo llevan a la corrupción* (Colos., II, 20 y sigs.).

No obraba así Santa Sotera, para traeros un ejemplo de mi familia (pues yo, sacerdote, tengo una nobleza preferible a los consulados y prefecturas; tengo, digo, dignidades que provienen de la fe,

imperecederas); santa Sotera no llevaba ningún aliño en el rostro, y, aunque era sobremanera hermosa y muy noble virgen por la alcurnia de sus antepasados, pospuso los consulados y las prefecturas paternas a la fe, y forzada a inmolar a los falsos dioses, no lo consintió. El tirano mandó que la azotasen inhumanamente, para que la tierna virgen cediese o al dolor o al pudor. Mas ella, al oír este mandato, se descubrió el rostro para ir solamente, sin velo y descubierta su cabeza, al martirio. Y queriendo presentarse a la afrenta, ofreció su rostro para que su cara fuese el sacrificio del martirio, lo que suele ser en otras tentación del pudor. Al ofrecer su rostro se alegraba, pues con la pérdida de la hermosura corporal quitaba el peligro que corría la virginidad. Pudieron ellos, en efecto, arar su cara con las cicatrices de las heridas; pero nunca lograron arar el rostro de su virtud ni la gracia de su hermosura interior.

Cuentan las historias antiguas que un joven etrusco, a causa de la hermosura de su boca, era motivo de que locamente se enamorasen de él las mujeres; para no ser amado, cubrió de heridas su rostro. Me podría preguntar si esto lo hizo por amor casto; lo que sí es cierto es que no era un afecto inocente, pues por ese mismo afecto se infligió a sí mismo ese castigo. Ese joven solamente se produjo las heridas para no ser causa de daño para otras; Sotera, en cambio, recibió las cicatrices triunfales del martirio para conservar intacta la imagen de Dios que había recibido.

CAPÍTULO XIII

Conservad también vosotras, hijas mías, esta imagen; seguid los preceptos de la Escritura, que dice: *Que toda boca permanezca cerrada* (Romanos, III, 19). *Bienaventurado el varón al que tú adoctrinares, Señor, y enseñares tu ley* (Salm., XCIII, 12). El Señor, que es bueno, adoctrina y enseña y, con frecuencia, reprende; pero también al que reprende le hace dichoso, pues *es bienaventurado el hombre al que reprende el Señor* (Salm., XCIII, 12). Así, pues, no

rehuyas sus reproches, porque son de amor y de gracia. El hiere, en efecto; pero, como es buen médico, cura con sus propias manos (Deut., XXXII, 39). *Siete veces te libra de tus necesidades, y en la séptima no te tocará el mal. En tiempo de guerra te separa el peligro de las armas y te oculta del látigo de la lengua* (Job, V, 19 y sigs.). Mas si creyeses que no debe rebajarse a nadie, no temerás los ataques de la lengua ajena.

Magníficamente representó las murmuraciones de los maldicientes con la palabra, látigo de la lengua, pues su chasquido se oye de lejos. Del cual, queriéndonos separar, el apóstol San Pedro nos aconseja que no devolvamos mal por mal ni maldición por maldición (I Ped., III, 9); más bien, cuando se habla mal de nosotros, devolvamos la gracia de la bendición. Y por eso dice el salmista: *Refrena tu lengua del mal* (Salm., XXXIII, 14), como del látigo de la lengua, y no temas el sonido de las palabras si tu conciencia está limpia; pero como hay muchos que se ceban no en criticar los vicios, sino las virtudes, más vale que reprendan lo que es digno de alabanza que no que encuentren materia de murmuración en faltas reales.

Pero, lo que es aún peor, no solamente somos azotados por el látigo de la lengua ajena, sino también por la propia, y éstos son golpes peores, como cuando pecamos por el excesivo hablar. ¡Oh virgen, guarda tus caminos para que no faltes con la lengua! (Salm., XXXVIII, 2). Y aun el hablar de cosas buenas es causa de pecados en la virgen. ¿Y cómo te llamará la atención que se exija esto de la virgen, si se recomienda a la mujer en general que aprenda en silencio? (I Tim., II, 11). Bueno es el pudor realzado por el silencio. Susana se hallaba en peligro y, con todo, callaba (Daniel, XIII, 35) para que hablase con más vehemencia su silencioso pudor. Al fin, encontró la honestidad un defensor que vindicase su castidad. De Susana puede muy bien decirse que el Señor la escondió del látigo de la lengua.

Mas, ¿qué decimos de mujeres? José se calló cuando fué acusado (Gén., XXXIX, 20), para defender mejor con la inocencia que con la lengua; se calló Daniel, más prudente que todos, y cerró la boca de los

leones (Dan., XIV, 29 y sigs.). Por eso dice muy bien el santo rey David: *Puse un candado a mi boca cuando se enfrentó conmigo el pecador* (Salm., XXXVIII, 2).

¿Qué querrías decir al hablar? ¿Temes, acaso, que callando se crean las cosas que te achacan? Pues escucha a Job, muy buen maestro, que dice: *Me río de los oprobios y no hablo; hablaré, y nunca tendrá lugar el juicio* (Job, XIX, 7); es decir, ¿que hay un criminal que lanza contra ti improperios? Tienes motivo para reírte, si tu conciencia no reconoce el crimen. ¿Por qué, pues, has de replicar palabras con palabras? Aun no ha llegado el juicio y, aunque vociferes, no se anticipará. Te esperan en este mundo muchos combates.

Job había superado lo acerbo del dolor: había vencido, más aún, había reprimido la gran amargura del llanto en la pérdida de las heridas; se añaden a las llagas de su cuerpo los insultos de su mujer, y ni siquiera éstos sintió. Todavía le quedan reservadas las recriminaciones de sus amigos como última lucha. Había luchado con el afecto paterno (Job, I, 18), había luchado con los dolores del cuerpo y con la enfermedad (Job, II, 7): le convenía arrostrar además las tentaciones de la murmuración.

CAPÍTULO XIV

Así, pues, cuando vieres que una viuda está apurada para sufragar gastos o por las calamidades de los hijos, o que muere el hombre justo o es molestado con injurias, no juzgues por estas desgracias terrenas de su virtud o te imagines que ha sido abandonado por Dios. Aquí, en efecto, luchamos; pero en otro lugar seremos coronados. No hablo de mí, hablo en general de todos los hombres. Pues, ¿de dónde a mí tanto honor, a quien la indulgencia le sirve de recompensa? Este mundo es el lugar de la lucha; allí en el cielo se reparten las coronas; aquí es lugar de milicia, allí se nos da la paga. Así que mientras vivo en este mundo lucho todavía, aun juego mi suerte, todavía soy empujado para

caer; pero es poderoso el Señor para recibir el golpe, fortalecer al que está para caer y levantar al vacilante. ¿Por qué te admiras, pues, que haya quien esté fatigado? Mientras vivimos en este mundo no faltará guerra, no habrá corona. Nadie será justificado sino el que perseverare hasta el fin, para que después pueda ser coronado el que legítimamente hubiere combatido. ¿Quién más fuerte, quién más dichoso que San Pablo? Pues bien, aquel vaso de elección del Señor no se adjudicó la corona antes de terminar del todo el certamen. *He corrido bien la carrera, he llegado a la meta, guardé la fe; lo que me resta es que el Señor me dé la corona de justicia que me tiene reservada* (II Tim., IV, 7-8). No sólo a sí dice que se la va a dar, sino a todos los que aman la venida de Cristo, pues nadie corre hacia el juicio sino el que está seguro de su inocencia o que confía de su trabajo, al cual han de otorgar la paga o la gracia del Señor o las piadosas luchas de Cristo.

Esta prerrogativa tendrá, seguramente, la viuda que hubiere educado bien a sus hijos, y se congratulará en ellos; pero mucho más la viuda que, como ésta, consagró al Señor todos los hijos que de El recibió. Por eso fué también antepuesta a los ricos aquella viuda del Evangelio (Luc., XXI, 4), no sólo porque depositó en el gazofilacio todo cuanto poseía para servicio de los pobres, sino también fué alabada por el Señor porque echó dos piezas de cobre, es decir, una fe perfecta. Finalmente, también el samaritano entregó dos monedas al mesonero para curar al que había despojado y herido por los ladrones (Luc., X, 35). Así, pues, la viuda Juliana conseguirá en el juicio divino la recompensa de su fe, pues no se reservó para su sustento nada terreno; al contrario, todo lo empleó en obsequio del Señor: incluso hizo la donación íntegra de su piadosa prole, y con el esmero que puso en la educación de sus hijos imitó a los dos más nobles ejemplos de ambos Testamentos: a María, hermana de Aarón, en su virginidad, y a María Santísima, Madre del Redentor, en su integérrima pureza.

Ahora te ruego, Señor, Pontífice eterno: vela sobre esta casa; sobre estos altares, que hoy te consagramos; sobre estas piedras espirituales,

en las cuales individualmente se te dedica un templo vivo; oye las oraciones que tus siervos te dirigen unánimes en este lugar santo y recíbelas misericordioso.

Que todo sacrificio que aquí se te ofrezca, con plena fe y piadoso celo, suba a tu presencia en olor de santidad. Y cuando mires a aquella Hostia de salvación, por la cual se borra el pecado del mundo, veas también estas ofrendas de la castidad inmolada y veles por ellas con tu constante protección, para que se conviertan en hostias aceptables en olor de suavidad, para que agraden a Cristo Nuestro Señor, y te dignes conservar íntegros su espíritu, su alma y su cuerpo sin pecado hasta el día de tu Hijo Jesucristo.

INDICE

Págs.